

**EL NACIONALISMO CATALÁN:  
MITOS Y LUGARES DE MEMORIA**

Jordi Canal (coord.)

# «Bon cop de falç!» Mitos e imaginarios bélicos en la cultura del catalanismo

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA  
*Instituto de Historia-CSIC*

## 1. INTRODUCCIÓN: SOBRE EL CIVISMO Y LA BELICOSIDAD DE LOS CATALANES

**S**i es bien sabido que todo discurso político mantiene una relación compleja pero ineludible con los imaginarios colectivos, esto resulta aún más evidente en las ideologías de corte nacionalista, nutridas por una cultura movilizadora henchida de referencias legendarias y de anuncios proféticos, donde lo mítico acostumbra a jugar un papel predominante. Los mitos políticos —esas historias sacralizadas o fábulas simbólicas con valor prescriptivo y paradigmático que iluminan un número ilimitado de situaciones presentes a partir de acontecimientos históricos fundacionales— acostumbran a ser narraciones, leyendas o «hechos» remotos bastante estables en su artificiosidad —aunque queden sometidos a parcial reformulación según los vaivenes de la coyuntura—, que ayudan a forjar una cultura colectiva y proporcionan legitimidad al poder que se detenta o que se aspira a conquistar. Según André Reszler, los mitos políticos pueden tener una lectura revolucionaria (de naturaleza frecuentemente apocalíptica y escatológica, como sería el caso de los diversos milenarismos revolucionarios o imperialistas) o fundacional, cuando sientan las bases de una comunidad política mediante la alusión a una pretendida Edad de Oro. En este último caso, los mitos políticos se han centrado en exaltar los rasgos excepcionales de un personaje representativo por su carisma, de una élite dirigente, de un partido, de una clase social, de un pueblo, de una raza o de una colectividad<sup>1</sup>.

En el caso catalán, la persistente identificación de la comunidad nacional con una sociedad civil pacífica, pluralista y dotada de un denso tejido asociativo ha servido, desde Prat de la Riba en ade-

---

<sup>1</sup> Reszler, 1981: 209-212.

lante, para definir un peculiar «estilo catalán de vida» en oposición práctica a los valores pretendidamente defendidos por Castilla o el Ejército como quintaesencias identitarias del Estado español. Uno de los forjadores intelectuales de este mito de la comunidad perfecta fue Eugeni D'Ors, quien en su reconstrucción de la imagen de la urbe como encarnación señera de la civilidad postuló el imperativo ético de un nuevo prototipo de ciudadano que, a mitad de camino entre en el *demos* griego y el polifacético hombre renacentista, fuese también un híbrido entre político, intelectual y profesional, inclinado a valorar tanto el trabajo bien hecho como la sensatez (*seny*) y la actitud mesurada ante la vida. Por medio de ese gran proyecto cívico-cultural que fue el *noucentisme*, el *seny* fue elevado por el catalanismo conservador al rango de símbolo irrenunciable del «ser colectivo», frente a la violencia del Estado y de los grupos alogénos de carácter revolucionario o contrarrevolucionario<sup>2</sup>, pero también frente a la deriva combatiente del sector más radical del movimiento nacionalista.

En su *Noticia de Catalunya* (1954), Jaume Vicens elaboró toda una teoría caracterial centrada en el *seny* permanente, que era el punto nodal de la mentalidad colectiva catalana, y el *arrauxament* (arrebato) transitorio, base psicológica de las acciones subversivas protagonizadas por la población del Principado, que conducía a la justificación histórica del *tot o res* y a la negación del ideal de compromiso y pacto dictado por la sensatez y la responsabilidad colectivas. Vicens observaba que, ante la inminencia de un cambio, el catalán, condicionado por el sentimentalismo y la falta de serenidad en los momentos decisivos, podía reaccionar positivamente con el *encisament* (hechizamiento) o negativamente con *l'enyor* (nostalgia) o la *rebertada* (crítica), que a través del *deseiximent* (desafío, haradura) podían desembocar en la *rauxa* (rabia) y la violencia<sup>3</sup>.

Aunque el antropólogo Manuel Delgado advierta que el proceso de construcción identitaria de la catalanidad se ha llevado a cabo desde el supuesto, generalmente aceptado, de que la violencia arrebatada —la paradigmática *rauxa*— era una cualidad de la acción colectiva esencialmente ajena a la personalidad nacional, la opción de las armas ha nutrido el imaginario político catalán a través de su

---

<sup>2</sup> Delgado, 1993.

<sup>3</sup> Vicens, 1917: 144-149. Este autor contrapuso (pág. 26) la virilidad y el arrojo del guerrero al sacrificio, tenacidad, laboriosidad y perseverancia del hombre sedentario, más próximo al carácter catalán. La franqueza y la libertad de los intercambios cívicos como base del pactismo, en pág. 79.

omnipresencia en las páginas épico-heroicas constitutivas de la nación. Un asunto que, ya en los años veinte, fue convenientemente percibido y reivindicado por el historiador Ferrán Soldevila en una serie de artículos donde destacó *l'esperit bel·licós* de los catalanes como uno de los rasgos propios de la idiosincrasia nacional<sup>4</sup>. Nuestra intención aquí es hacer un recorrido tentativo sobre los diferentes mitos e imaginarios combatientes forjados por la cultura del catalanismo (en su pluriforme lectura provincialista, regionalista, autonomista, federalista o independentista), valorando su presunta funcionalidad en los diversos discursos políticos elaborados a lo largo de su dilatada, compleja y no siempre concorde experiencia política.

## 2. LOS MITOS CONSTITUTIVOS: LOS *ALMOGÀVERS* Y LA LEYENDA DE LA «FURIA CATALANA»

Soldevila fue, también en la década de los veinte, el actualizador de uno de los mitos combatientes más feraces y constantes del imaginario político catalán: el de los almogávares (literalmente, «devastadores»), protagonistas de la expansión por el Mediterráneo oriental cuando, tras la ruptura de la Gran Compañía con el Imperio Bizantino en 1305, fundaron los ducados catalanes en Grecia entre 1311 y 1390<sup>5</sup>. Las referencias a los almogávares como quintaesencia de la combatividad catalana datan de antiguo: aparecieron ya entre los bandos armados del siglo *xvi*, en las advertencias hechas a Felipe IV sobre la persistencia del valor y la resistencia de los catalanes, en las intervenciones de defensa armada de los *miquelets* a fines del siglo *xvii* e inicios del *xviii* —sobre todo durante la guerra contra la Convención— y entre los guerrilleros antinapoleó-

---

<sup>4</sup> El primer artículo apareció en el núm. 1 de la *Revista de Catalunya* en julio de 1924, el segundo en el núm. 3 de la misma revista, y el tercero en el núm. 1 de *Recerques i Comentaris* aparecido en 1929. La recopilación de artículos, en Soldevila, 1966, donde el autor amplió el texto original a los acontecimientos de la Guerra Civil. En el siglo *xvi* los catalanes eran tenidos como gente belicosa y áspera, pero en el siglo *xviii* se consolidó la imagen de trabajadores pacíficos y más bien descreídos (García Cárcel, 1984: 81). Sobre los catalanes como pendencieros, quisquillosos y beligerantes antes del proceso de modernización decimonónico, véase Ucelay, 2003: 691.

<sup>5</sup> Véase el testimonio coetáneo de Francesc de Montcada, *Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, Barcelona, Lorenzo Deu, 1623, reeditada en 1842 con prólogo y notas de Jaume Tió (una edición reciente, en Madrid, Espasa-Calpe, 1973).

nicos y carlistas, siempre con los rasgos inmutables del valor, la resistencia y el patriotismo<sup>6</sup>. Pero la recuperación legendaria de sus hazañas con una finalidad política fue en gran parte mérito de aquel impenitente glosador de mitos que fue Víctor Balaguer, que en 1858 incluyó un «Cant de l'almogàvar» en su libro *Amor a la pàtria*, y trató de nuevo la cuestión en 1890 en el poema «Los Pirineus». Fue, efectivamente, durante la *Renaixença* cuando se configuró el mito histórico del *almogàver* como parte destacada de una mitología guerrera de raigambre medieval (junto con las hazañas de Wifredo el Velloso y las conquistas de Mallorca y Valencia por Jaime I) que ha sobrevivido hasta nuestros días, y que se benefició de la oleada de fervor popular causada por la campaña española en Marruecos de 1859-60, que contribuyó a popularizar la Expedición a Oriente como episodio heroico dirigido a exaltar los valores de la patria, y donde el *almogàver* figuraba como el depositario de un protonacionalismo combatiente capaz de coexistir con el nacionalismo español<sup>7</sup>. Como ha observado Josep Maria Fradera, una de las grandes paradojas de esos años de *Renaixença* fue que, en pleno impulso industrial, la cultura dominante estuviera repleta de visiones románticas de la Cataluña rural, y que la burguesía conservadora, aterrada por el ambiente de crispación interna que se respiró entre 1835 y 1844, y sometida a uno de los mayores niveles de violencia colectiva existentes en Europa<sup>8</sup>, evitara toda referencia a episodios históricos conflictivos. Prefirió más bien evadirse en la nostálgica evocación de la imagen heroica y reconfortante de las glorias medievales catalanas, como precedente del siglo de apogeo imperial que iba de fines del *xiv* a fines del *xv*, y evitó plantear efemérides vinculadas al declive histórico del Principado en la Edad Moderna, como eran las de 1640 ó 1714<sup>9</sup>. De ahí que, en esa coyuntura histórica concreta, donde la adhesión a la idea nacional española y el cultivo de la pro-

---

<sup>6</sup> Soldevila, 1994: 78. Durante las guerras contra Felipe IV de 1640-52 o contra Napoleón en 1810 se habló de recrear un cuerpo de *almogàvers*.

<sup>7</sup> Bernal, 1998. El 17 de mayo de 1860 las sociedades corales dirigidas por Josep Anselm Clavé estrenaron el «rigodón bélico catalán» *Els nets dels almogàvers*, que fue uno de los grandes éxitos de la temporada musical barcelonesa, ejemplo de patriotismo plebeyo con un evidente parentesco retórico con *La Marsellesa*. Véase García Balaña, 2002: 59. De la sugestión que ejercieron los *almogàvers* como motivo de evocación literaria más allá de las fronteras del Principado puede dar cuenta la publicación de la *Venganza catalana* de Antonio García Gutiérrez en 1864.

<sup>8</sup> Fradera, 1993: 4 y 2003: 31.

<sup>9</sup> Sobre esta artificiosa mitificación de la Cataluña medieval, en realidad repleta de campesinos oprimidos y acusados de cobardía, véase Freeman, 1988.

pia identidad coexistían sin grandes traumas (una doble identidad compendiada en la frase «España es la nación y Cataluña la patria»), la exaltación de los almogávares fuera especialmente oportuna, como ejemplo de combatividad y de camaradería, pero también de fidelidad a la Corona y de espíritu de empresa más allá de las fronteras del país. Una síntesis entre lo belicoso y lo mercantil que parecía perfectamente adaptada a las aspiraciones morales de una burguesía interesada en la política de prestigio exterior amparada por la Unión Liberal. Aunque la participación de la oligarquía catalana en el proceso colonial se pretendió «vender» como la expansión del propio modelo de civilidad, el entusiasmo por las empresas bélicas en el extranjero no estaba reñido con el rechazo a las quintas y al Ejército como represor de las ansias democráticas de los sectores populares catalanes<sup>10</sup>.

Tras una larga etapa de olvido, y a pesar de la ingente tarea publicística emprendida por Antoni Rubió i Lluch, que en 1890 dio a la *Crónica* de Ramón Muntaner y a los almogávares una dimensión nacional, el catalanismo *lligaire* prefirió potenciar la imagen reivindicativa de héroes cívicos defensores del derecho como Pau Claris o Rafael de Casanova, relegando a un segundo plano a mitos combatientes como Roger de Flor, Berenguer de Entença o Bernat de Rocafort. En los años veinte, la crisis de la Lliga, el establecimiento de la dictadura primorriverista y la opción insurreccional asumida por un sector del nacionalismo radical reactivaron el prestigio historiográfico de los almogávares. En 1925, la *Revista de Catalunya* publicó un artículo de Ferran Soldevila sobre la Gran Compañía que fue ampliado como libro en 1952, y al año siguiente apareció la obra de Lluís Nicolau d'Olwer sobre la expansión catalana en el Mediterráneo oriental<sup>11</sup>. Además de las tópicas virtudes militares de los almogávares, Soldevila destacaba sus virtudes morales (caridad cristiana, hermandad, patriotismo catalán) al lado de su instinto de venganza y su sed de botín. A pesar de una fortaleza y frugalidad que, a decir de Pompeu Fabra, les hacían ser la mejor infantería de la época, el estereotipo de los catalanes como gentes terribles, acreditado en las campañas de Italia y Grecia, ha hecho pervivir una imagen negativa y destructiva que aún hoy se conserva en Eubea,

<sup>10</sup> Véase Sales, 1970. Volveremos más adelante sobre esta cuestión.

<sup>11</sup> Antoni Rubió i Lluch, *Catalunya a Grècia*, Barcelona, Tip. L'Avenç, 1906; Ferrán Soldevila, «Els almogàvers», *Revista de Catalunya*, vol. III, 1925, págs. 540-550 y *Els almogàvers*, Barcelona, Ed. Barcino, 1952, y Lluís Nicolau d'Olwer, *L'expansió de Catalunya en la Mediterrània oriental*, Barcelona, Barcino, 1926.

Acarniana y Peloponeso, donde el apelativo «catalán» sigue manteniendo un significado insultante<sup>12</sup>. Por otro lado, estos cuerpos francos de soldados fronterizos de origen muy diverso (aragonés, catalán o musulmán), que hacían incursiones al territorio enemigo (su origen estaba en las *algaras* andalusíes), constituían un fenómeno bélico que no era exclusivo en absoluto de Cataluña, sino de toda lucha de frontera en el transcurso del siglo XIII<sup>13</sup>. A pesar de su mala prensa como ladrones e «insaciables mercenarios», residuos de una monarquía y de un ejército irremisiblemente perdidos, el catalanismo ha seguido esgrimiendo su leyenda, desligada de su contexto histórico y despojada de sus rasgos privativos, como precedente caracterial del «ferm catalanista» del presente<sup>14</sup>. En 1913 existían círculos catalanistas radicales en Clot y Sant Martí denominados *Els Nets dels Almogàvers* en alusión a una famosa composición de Clavé dedicada a los voluntarios catalanes de la Guerra de África; en 1923-24 un grupo independentista barcelonés tomó el apelativo de *Almogàvers* como nombre de guerra en el momento de integrarse en la organización militar de Estat Català, y más recientemente los almogávares han sido adoptados como uno de los tótem del extremismo deportivo *blaugrana*.

### 3. EL «CORPUS DE SANGRE» DE 1640, O EL MITO DE LA DEFENSA DE LA TERRA

Joan Lluís Marfany ha destacado que, con el desarrollo del moderno nacionalismo catalán desde fines del siglo XIX, la mitología medieval fue dejando paso a episodios históricos más recientes y conflictivos del país en su relación con los castellanos, como las guerras de Separación o de Sucesión, y a personajes como Pau Claris, Bach de Roda o Rafael Casanova<sup>15</sup>. La revolución catalana de 1640 ha generado, sin duda, algunos de los mitos más persistentes del catalanismo. La «defensa de la tierra» contra los alojamientos de

---

<sup>12</sup> Rubió i Lluch, ob. cit., págs. 23-24. De los avatares de esa aventura procede la terrible maldición griega «*¡que la venganza de los catalanes te alcance!*». Sobre el recuerdo de la expedición catalana en el folklore griego, véase Eusebi Ayensa, «El record dels catalans en el folklore grec», *L'Avenç*, núm. 213, abril 1997, págs. 56-58.

<sup>13</sup> Una contundente desmitificación de los *almogàvers*, en Martí, 1991.

<sup>14</sup> Marfany, 1995: 194.

<sup>15</sup> Marfany, 1992: 26. En el cambio de siglo algunas organizaciones catalanistas adoptaron nombres tan significativos como «La Coronela», «Lo Sometent», «1714» o «los Segadors». El grito «*via fora*» se convirtió por esas fechas en lema catalanista (Marfany, 1995: 192-193).

tropas de los años 1630 y los atropellos de los ejércitos hispánicos y franceses durante la Guerra de Separación de 1640-1652 ha quedado inextricablemente vinculada a la imagen vindicativa de los *segadors* y a la defensiva de Pau Claris, impulsor de la guerra a ultranza y cabeza de la efímera república libre catalana (que sólo duraría una semana, aunque su mito pervive hasta hoy) puesta el 16 de enero de 1641 bajo la protección del rey de Francia.

A pesar de que hubo disturbios previos en Vic, Gerona y otros lugares, el desbordamiento de violencia del «Corpus de Sang» de 7 de junio de 1640 ha sido visto como el estallido primordial de la *rauxa* catalana en defensa de sus derechos políticos, una especie de antecedente remoto de las *bullangas* decimonónicas o de la «Semana Trágica» de 1909. Manuel Angelón fue quien impuso el nombre evocador de la festividad derivada en masacre en su novela histórica *Un Corpus de Sangre o los fueros de Cataluña* (1857). Los *segadors* (en realidad, campesinos del Vallés armados con mosquetes, arcabuces y pistolas<sup>16</sup>) también fueron transformados en mito en la segunda mitad del siglo XIX, en el marco de la recuperación de las diferentes historias nacionales europeas. Fue Víctor Balaguer quien acuñó el término de «Guerra dels Segadors» para dar un tono más romántico al conflicto de separación, mientras que Frederic Soler *Pitarra* lo adaptó en 1876 al sentimiento popular en su drama *Els Segadors*, y Manuel Milà i Fontanals desencadenó toda la potencialidad del mito, al publicar por vez primera, en la segunda edición de su *Romancerillo catalán* (1882), la canción popular *Els Segadors*, escrita en métrica de romance castellano, y cuyo origen se remontaba al siglo XVII. En 1892, coincidiendo con la reedición de numerosos opúsculos de literatura anticastellana de los siglos XVII y XVIII, Francesc Alió la incluyó en sus *Cansons populars catalanes*, adjuntando el estribillo «Bon cop de falç» compuesto por Moliné i Brasés, que no correspondía a la tradición popular. Desde ese momento, la pieza se convirtió en un éxito masivo, transformándose en himno catalanista en 1892-99, y en himno nacional de Cataluña en 1931<sup>17</sup>.

---

<sup>16</sup> Elliott, 1998: 395-399. La imagen mítica de los segadores y sus hoces se debe al historiador Antonio de Bofarull, pero el arma de los amotinados no fue la hoz, mitificada por la historiografía posterior, sino armas de fuego y armas blancas como dagas y puñales. Véase Eva Serra, «Resistència de Catalunya i decadència castellana: la guerra de Separació», en *Història de Catalunya*, Barcelona, Salvat, 1978, vol. IV, págs. 91-92.

<sup>17</sup> La historia de esta canción, en Massot i Muntaner. Pueyo y Martorell, 1989. Véase también Gabriel, 1995: 52 y Roger Alier y Oriol Martorell, «Segadors», en *Gran Enciclopèdia Catalana*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, S. A., 1979, vol. 13, pág. 416.

La confluencia de intereses culturales, políticos y reivindicativos transformaron una cancioncilla sin intención patriótica evidente en un auténtico himno de combate<sup>18</sup>, especialmente a partir de 1913, cuando quedó confrontada en las manifestaciones callejeras a *La Marsellesa* adoptada por los republicanos radicales. La polémica sobre su contenido pretendidamente provocativo se ha mantenido hasta épocas relativamente recientes: *Cop de falç* era el título del órgano de propaganda del Exèrcit d'Alliberament de Catalunya (EAC), y aún se recuerda la marejada política suscitada por la interpretación de *Els Segadors* ante el rey Juan Carlos en la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992.

Fue también en la segunda mitad del siglo XIX cuando se consolidó el mito de Pau Claris, de la mano otra vez de Víctor Balaguer, quien en 1865 consiguió que se diese su nombre a una calle de Barcelona. En 1879 Conrad Roure escribió el drama homónimo, que se reeditaría insistentemente en 1882, 1893, 1896, 1914, 1920 y 1932. Alrededor de la inauguración de su estatua durante los *Jocs Florals* de mayo de 1917 se inició un proceso de radicalización que los regionalistas *lligaires* tuvieron problemas para contener. En 1925, Estat Català emitió bajo su advocación los bonos destinados a recabar fondos para la lucha por la independencia, y en sus trabajos *Pau Claris* (1922) y *Corpus de Sang* (1932), Antoni Rovira y Virgili lo convirtió en el ejemplo a seguir para la emancipación de Cataluña<sup>19</sup>. Con su oportuna muerte tras el triunfo en la batalla de Montjuïc de 6 de enero de 1641 y antes del desencanto colectivo que condujo a la reintegración de 1652, la figura del Claris defensor de las libertades catalanas contra el despotismo de Felipe IV y Olivares se inserta a la perfección en el discurso catalanista de la vigilancia permanente y el rearme eventual contra los gobiernos españoles que deseasen borrar su específica personalidad histórica y jurídica<sup>20</sup>. Sin embargo, durante la transición este mito se fue arrinconando dado su carácter demasiado combativo y su poco clara utilidad política<sup>21</sup>.

Si los segadores del Corpus de 1640 han quedado fijados en la memoria popular (y en la iconografía, sobre todo con la obra de Antoni Estruch i Brios *Corpus de Sang*, pintada en 1907) como símbo-

<sup>18</sup> Prat i Carós, 1987: 171.

<sup>19</sup> Véase García Cárcel, 1982.

<sup>20</sup> Sobre la consolidación historiográfica del «mito Claris», desde Víctor Balaguer, véase García Cárcel, 1980: 137-148.

<sup>21</sup> Vidal Pla, 1991: 42.

los de la revuelta, sus gritos de «Visca la terra» (más conocidos que los tópicos de «muiren els traïdors», «visca lo rei» y «muira el mal govern») les transformó en abanderados de la defensa patriótica quintaesenciada en el tópico catalanista de la *defensa de la terra*. En su época, esta defensa sólo se entendió como lucha comunitaria contra los alojamientos, levas e impuestos de guerra<sup>22</sup>. Los *defensors de la terra* fueron reclutados y mantenidos por los pueblos para evitar los excesos de la soldadesca o en cumplimiento de los llamamientos de la Generalitat para la creación de una infantería encargada de la defensa del Principado, a la que se quiso poner el nombre de *almogàvers*. Al parecer, fue entonces cuando se introdujo el nombre de *miquelet*, apelativo con el que los soldados del rey situados frente al Ebro designaban a estas milicias catalanas indómitas e indisciplinadas. Pero también hubo *miquelets* felipistas y franceses en esta guerra de guerrillas y de hostilización tan cercana a los usos del tradicional bandidaje catalán.

En el siglo xvii el principio de la *defensa de la terra* pareció proyectarse en ocasiones sobre las instituciones catalanas enfrentadas con las autoridades austracistas, y en otros casos a la defensa campesina de un complejo de instituciones y costumbres locales contra las agresiones de las autoridades foráneas<sup>23</sup>. Fue de nuevo la *Reinaixença* la que forjó el mito de *la terra* por antonomasia, desprovista de todo adjetivo, como espacio sagrado por excelencia de la común identidad catalana. De este modo, en una especie de «barresismo» *avant la lettre*, el territorio mitificado y sacralizado se transformaba en patria<sup>24</sup>.

Fue durante este conflicto, con rasgos evidentes de guerra civil, cuando se difundió una versión de la conciencia comunitaria y patriótica catalana definida en perpetua hostilidad a los agresores foráneos<sup>25</sup>, especialmente los castellanos (con agravios que remontan al siglo anterior) y los franceses, aunque en la segunda mitad del xvii esa actitud de carácter puramente resistencial no se articuló políticamente. Esta agresividad anticastellana contrastaba con la evidencia de la acusada debilidad militar del país separado de la Monarquía hispánica. De ahí que, tras la derrota de 1652, las clases dirigentes catalanas optaran por colaborar con la Corona, en un pri-

<sup>22</sup> Simón Tarrès, 1993: 14.

<sup>23</sup> Marfany, 1995: 223.

<sup>24</sup> Sobre la identificación del concepto de «tierra» con el de «patria», véase Simón i Tarrès, 1999: 220.

<sup>25</sup> Simón Tarrès, 1993: 12.

mer ensayo de la estrategia intervencionista en los asuntos españoles que ensayaría el catalanismo contemporáneo. Como señala Elliott, tras la Guerra de Separación los catalanes se hicieron más conscientes de su vinculación a España como comunidad política y económica, saliendo de su aislamiento<sup>26</sup>. Con todo, la búsqueda de la autosuficiencia militar sería en adelante una de las grandes obsesiones del catalanismo, especialmente del más radical. Junto con el lema «nació armada, nació respetada», uno de los gritos preferidos de Terra Lliure fue, precisamente, «Visca la terra!».

#### 4. EL ONZE DE SETEMBRE DE 1714, O EL SACRIFICIO CÍVICO FRENTE AL INVASOR

Desde Felipe IV a Felipe V, siempre hubo catalanes en armas<sup>27</sup>. Medio siglo después de la «Guerra dels Segadors», la de Sucesión siguió nutriendo el imaginario bélico catalán con los mitos de la resistencia al invasor y la defensa de las instituciones forales por parte de los ciudadanos, sin distinción de clases. Abandonada por las tropas del archiduque y sus aliados desde 1713, Cataluña se comportó de hecho como una república soberana en su resistencia contra el enemigo felipista. Frente a la ocupación de fines de 1713 y enero de 1714 se produjo un alzamiento general donde los rebeldes ya no se reclamaban austracistas, como en el levantamiento de octubre de 1705, sino que se definieron a sí mismos como «els de la terra» o «els de la pàtria»<sup>28</sup>. La desigualdad de fuerzas en los últimos compases del conflicto (en 1714 defendían Barcelona 5.635 hombres, de ellos 3.500 de la milicia gremial *Coronela*, frente a 40.000 asaltantes) favoreció la proliferación del mito de una resistencia llevada al extremo por burgueses y paisanos, reedición actualizada de las hecatombes de Numancia y de Sagunto. Tras la disolución inmediata del Consell de Cent y de la Generalitat, la prolongación del terror militar y de la resistencia guerrillera hasta la paz de 1720 y la amnistía general de 1723 propiciaron la reaparición de la figura del combatiente irregular, ya acuñada con anterioridad en los *almogàvers* de los siglos XIII-XIV, los *bàndols* de los siglos XVI-XVII y los *miquelets* de 1640. Al parecer, la difusión de la revuelta de 1714 se habría aprovechado de la red de lealtades po-

<sup>26</sup> Elliott, 1998: 486.

<sup>27</sup> Soldevila, 1966: 33.

<sup>28</sup> Sales, 1984: 189.

pulares y parroquiales vinculadas a las organizaciones de autodefensa (milicias gremiales, *sometents*, *sagramentals*, *miquelets*, *via fo-res* o *mans armades*), que se convirtieron en un auténtico ejército campesino<sup>29</sup>. No tiene, pues, nada de extraño que, junto con el *conseller* Casanova (quien, por cierto, volvió a ejercer como abogado en Barcelona en 1719 y falleció en Sant Boi en 1743), los héroes histórico-míticos generados por este conflicto protagonizado por tropas regulares y paisanos armados fueran guerrilleros como el general Moragues y *Bach de Roda*, antifelipista de la llanura de Vic, ahorcado sin proceso tras una traición, y conservado en la memoria popular gracias al drama romántico de Francesc Pelai Briz<sup>30</sup>. El contrapunto lo pusieron los *botiflers*, partidarios de Felipe V y, según Pompeu Fabra, «enemigos de su propia tierra»<sup>31</sup>. Estos antihéroes por antonomasia volvieron a aparecer en el discurso político del federalismo y el catalanismo durante las tensiones territoriales suscitadas durante la primera y la segunda repúblicas, y aún hoy el epíteto se emplea eventualmente como sinónimo de traición o de renuncia en las invectivas que el independentismo más intransigente dedica al españolismo o al autonomismo.

La recuperación de la memoria de la resistencia de 1714 como punto de referencia fundamental del catalanismo se inició ya en 1841, cuando la demolición de la Ciudadela de Barcelona —símbolo, como la Bastilla parisina, de la opresión y el absolutismo borbónicos— fue vista por la prensa madrileña una muestra temprana de separatismo<sup>32</sup>. El proceso se culminó en el tránsito del siglo XIX al XX con la aparición de entidades catalanas bautizadas con los nombres paradigmáticos de Bach de Roda o Rafael de Casanova, cuya estatua fue erigida en el Saló de Sant Joan en 1887<sup>33</sup>. El 11 de septiembre se transformó en objeto de conmemoración desde 1885, cuando la *Associació Popular Regionalista* organizó una primera velada fúnebre en honor de los mártires de 1714. En 1892 la *Unió Catalanista*

---

<sup>29</sup> Torres Sans, 1991: 71.

<sup>30</sup> Michonneau, 1998: I, 337.

<sup>31</sup> Sobre los *botiflers* y la Guerra de Sucesión como guerra civil catalana, muy similar en su carácter banderizo a las guerras del francés y las carlistas, véase el desmitificador trabajo de Núria Sales, «Els botiflers», en *Senyors, bandolers, miquelets i botiflers. Estudis sobre la Catalunya dels segles XVI al XVIII*, Barcelona, Ed. Empúries, 1984, págs. 139-219.

<sup>32</sup> Fradera, 1993: 3.

<sup>33</sup> Sobre la «monumentalización» de Casanova, véase Crexell, 1985. También hay que recordar que, en esa misma línea de recuperación de su figura histórica, Antoni Estruch pintó *La mort de Rafael de Casanova* en 1907.

organizó un homenaje a Casanova con ocasión de fecha tan señalada, que en 1901 dio ocasión al desencadenamiento de los primeros incidentes callejeros. En realidad, más que la derrota del *Onze de Setembre*, Prat de la Riba deseaba que el catalanismo honrara a figuras gloriosas como Jaime I el Conquistador o Pedro III El Grande. Sin embargo, Lluís Massons apoyó la conmemoración luctuosa por ser «la data en qui s'ha vis el més gran nombre de ciutadans morint per la llibertat de la Pàtria»<sup>34</sup>. En el ambiente de «finis Cataloniæ» que habían impuesto la obra histórica de Salvador Sanpere i Miquel<sup>35</sup> y los asaltos a periódicos de fines de 1905, el triunfo electoral de Solidaritat Catalana en 1906 posibilitó que en los años diez la *Diada* saliese de su confidencialidad y trastocase su carácter de duelo (con misas y rito sacrificial a la espera del «Corpus» y de la «Resurrección») por el de fiesta reivindicativa de tono frecuentemente apasionado y polémico<sup>36</sup>, sólo superado por el culto al Fossar de les Moreres que el catalanismo más extremo introdujo a partir de 1916. La bandera negra exhibida en la brecha de la muralla barcelonesa durante el asalto de 1714 y en algunos lugares de Cataluña durante la ocupación también adquirió valor simbólico, y dio nombre a una suborganización clandestina de Estat Català creada en mayo de 1925 para aplicar «la defensa nacional según el método de la acción directa»<sup>37</sup>.

La prohibición de armas a los catalanes decretada en octubre-diciembre de 1714 y de nuevo en agosto de 1715 no fue levantada hasta la primera *Guerra del Francès* de 1793-95. Aunque *miquelets* y *sometents* habían sido abolidos por el Decreto de Nueva Planta de 1716, el fracaso en la primera recluta de voluntarios obligó a resucitarlos hasta 1795. La guerra contra la Convención, que fue enormemente popular cuando las tropas del general Ricardos conquistaron la Cataluña Norte, excepto Perpiñán y Salses, se convirtió en una auténtica guerra de resistencia cuando el contraataque francés llevó a la ocupación del Ampurdán. La movilización de voluntarios tras la invasión francesa forjó dos mitos aparentemente contradic-

<sup>34</sup> Cit. por Gabriel, 1995: 49.

<sup>35</sup> Salvador Sanpere i Miquel, *Fin de la Nación catalana*, Barcelona, L'Avenç, 1905.

<sup>36</sup> Sobre los incidentes del 11 de septiembre de 1901, véase Colomer, 1995: 34-41. Los enfrentamientos se repitieron en 1906, 1910, 1911, 1914, 1916 y 1917. Tras la prohibición sufrida durante el franquismo, la festividad fue restablecida en 1976. Sobre la *Diada*, véase el artículo de David Martínez Fiol en este mismo dossier.

<sup>37</sup> *Boletín de La Bandera Negra*, 3-V-1925, pág. 1.

torios: tras la vergonzosa rendición de la plaza de Figueras se instauró a fines de 1794 una Junta General del Principado que bajo la presidencia del nuevo capitán general Urrutia ordenó la constitución de los *Terços de Catalunya* que permitieron reconquistar la Cerdaña. Ello permitió difundir la especie de la capacidad de autoorganización militar del pueblo catalán ante la incapacidad protectora del Estado, forjando un modelo de autodefensa popular que se repetiría en 1808, durante las guerras carlistas y contra la rebelión militar de 1936<sup>38</sup>. Por otro lado, Antoni de Bofarull i Brocà tuvo ocasión de señalar a mediados del siglo XIX la virtualidad que tuvo la *Guerra del Francès* como catalizadora de la españolidad de Cataluña<sup>39</sup>, al interpretarse como el primer acto colectivo de la población del Principado en apoyo del Ejército borbónico, actitud que se repetiría en la guerra contra Napoleón en mitos como la decisiva cooperación de los somatenes igualadinos y manresanos —personificados en el famoso *timbaler*— a la victoria del Bruc de 6 de junio de 1808, la movilización popular en los tres sitios de Gerona de junio de 1808 a diciembre de 1809 o la eficacia de las milicias populares y las guerrillas en la resistencia nacional frente al invasor<sup>40</sup>.

##### 5. «A L'ÀFRICA, MINYONS!», O EL MITO MILICIANO PROYECTADO AL EXTERIOR

Este impulso bélico popular y patriótico, compatible con el nacionalismo español de raigambre liberal, pudo mantenerse hasta fines de siglo en las campañas militares emprendidas en el exterior, especialmente en Marruecos y en Cuba. La Guerra de África de 1859-60 fue abiertamente popular durante su desarrollo y aún después, ya que sus motivos y legitimaciones alcanzaron con rapidez y profusión a los más diversos ámbitos de la población española, incluidos los grupos sociales catalanes tradicionalmente margina-

<sup>38</sup> Hernández y Pinyol, 2000: 78.

<sup>39</sup> La *Guerra Gran* también fue señalada por Lluís Nicolau d'Olwer, *Resum de literatura catalana*, Barcelona, Ed. Barcino, 1927, pág. 96 como el primer acto de españolismo colectivo de los catalanes.

<sup>40</sup> En esa tarea de inmortalización de la resistencia popular antifrancesa, no resulta extraño que en 1911 se erigiera un monumento al combate del Bruc en Montserrat y se procediera a la inhumación de los cuerpos de los mártires de la Guerra de la Independencia en la catedral de Barcelona. Sobre el ambiguo legado simbólico del conflicto de 1808-14 interpretado como el primer acto de españolismo colectivo consciente de los catalanes o como primer resurgimiento autonomista a través de la Junta Superior de Catalunya de 1808-12, véase Ardit, Balcells y Sales, 1980: 156.

dos de la vida política. Aunque algunos autores expliquen el reclutamiento de voluntarios por iniciativa del capitán general Domingo Dulce y del general Juan Prim (con el apoyo económico de la Diputación de Barcelona, que asumió el coste del armamento y del uniforme, diseñado como una versión idealizada del traje típico catalán<sup>41</sup>) como una maniobra para aminorar la tensión social generada por la crisis económica<sup>42</sup>, no cabe menospreciar la dimensión popular y plebeya del patriotismo bélico en la Cataluña de ese momento. Pero es cierto que esa predisposición intervencionista fue atizada por la proliferación de obras patrióticas de encargo dirigida a estimular el reclutamiento, como la pieza *A l'Àfrica, minyons!*, original de Josep Antoni Ferrer Fernàndez<sup>43</sup>.

Las cuatro compañías de voluntarios, con representación de todas las clases sociales (incluidos hijos de buena familia, «entusiasmados por el espíritu de patriotismo»<sup>44</sup>), se embarcaron el 26 de enero de 1860 en medio de una gran expectación, con gritos de «A l'Àfrica, minyons!» y «Viva la patria!». Tras su desembarco el 3 de febrero, Prim se mostró muy contento con la presencia de sus paisanos, a quienes dedicó en Fuerte Martín una famosa arenga que Víctor Balaguer difundió de inmediato en Cataluña, y que se convirtió por años en la quintaesencia de la dialéctica patria grande-patria chica característica de un provincialismo con voluntad descentralizadora, muy influido por el historicismo romántico presente en las obras de Balaguer y en el pensamiento jurídico de Manuel Duran y Bas. Un doble patriotismo que, según Fradera<sup>45</sup>, se rastreaba en la alusión a las glorias catalanas en un entorno liberal netamente español:

Pensad que representáis aquí el honor y la gloria de Cataluña; pensad en que sois depositarios de la bandera de vuestro país... y que todos lo paisanos tienen los ojos fijos en vosotros [...] Uno solo de vosotros que sea cobarde, labrará la mengua de Cataluña. Yo no lo espero. Recordad las glorias de nuestros mayores, de aquellos audaces aventureros que lucharon en Oriente con reyes y emperadores, que vencieron en Palestina, en Grecia y en Cons-

---

<sup>41</sup> Véase Giménez y Guitèd, 1860: II, 340. Mariano Fortuny pintó varias telas marroquíes para la Diputación Provincial, la impulsora oficial del voluntariado.

<sup>42</sup> Anguera, 2003: 323.

<sup>43</sup> Josep Antoni Ferrer Fernàndez, *Los Catalans en Africa: crónica dramática dels Voluntaris de Catalunya*, Barcelona, Impta. de la Publicitat de Antoni Flotats, 1860.

<sup>44</sup> Ventosa, 1859: I, 568.

<sup>45</sup> Fradera, 2000.

tantinopla. A vosotros os toca imitar sus hechos y demostrar que los catalanes son en la lid los mismos que fueron siempre<sup>46</sup>.

Excitando de este modo el orgullo de ser catalán, Prim buscaba granjearse el favor de la menestralía progresista barcelonesa tras sus acciones represivas de 1843 (ataque a la Barcelona centralista) y su apoyo al golpe O'Donnell en julio 1856, que encontró una enconada resistencia en el Ampurdán y en Sants, Barceloneta o Gracia. A tal fin, había pactado el nombramiento de Victoriano Su-granyes y Hernández, muy caracterizado en su actuación revolucionaria en julio de 1854, como jefe militar de los Voluntarios

La narración coetánea de los hechos militares del voluntariado catalán está marcada por el tono épico y medievalizante característico del romanticismo «renaixentista». El asalto a la alcazaba de Tetuán el 4 de febrero se habría hecho con torres humanas, para colocar «la bandera de Castilla sobre las almenas de la fortaleza moruna»<sup>47</sup>. De este modo, como rezaba una exposición de la Diputación barcelonesa a la reina, «el pendón que hoy ondea sobre los muros de Tetuán es el mismo que en pasados siglos plantaron Vuestros progenitores en Toledo y en Córdoba, en las Baleares y en Valencia, en Sevilla y en Granada»<sup>48</sup>. Las diversas crónicas de la guerra, tanto las confeccionadas por catalanes como por no catalanes, insistieron en esa complementariedad heroica de los mitos guerreros del medioevo catalán y su actualización en la ejecutoria honorable como soldados del Ejército español. El definirlos como catalanes y a la vez como patriotas españoles era el modo más adecuado de calmar las prevenciones de Madrid sobre el incipiente «provincialismo» que se incubaba en el Principado<sup>49</sup>.

Este patriotismo sentimental e historicista, que condujo a una floración de retórica patriótica incomparable desde la Guerra de la Independencia, se siguió manifestando en el retorno multitudinario de los Voluntarios el 3 de mayo de 1860 y la gira triunfal que Prim realizó en septiembre por la Cataluña urbana; campaña propagandística organizada por Víctor Balaguer en coincidencia con el viaje

---

<sup>46</sup> Cit. por Alarcón, 1860: 162. Otra versión de esta arenga de tono napoleónico, en Ventosa, 1859: I, 614-616. La arenga en castellano y catalán, en Giménez y Guitied, 1860: II, 199-202. Una versión en romance, en Eduardo Bustillo, *Romancero de la Guerra de África*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, Impta. de Manuel Galiano, 1861, págs. 163-164. También la insertan Monedero, 1907: 34-36 y García Figueras, 1961: 95-96.

<sup>47</sup> Giménez y Guitied, 1860: II, 212-213.

<sup>48</sup> Cit. por Michonneau, 1998: I, 92 nota 69.

<sup>49</sup> Braunstein Franco, 1999: 78.

de Isabel II a los antiguos reinos de la Corona de Aragón que marcó el apogeo de su reinado<sup>50</sup>.

Ese despliegue simbólico-político de una renovada retórica patriótica alimentada por la guerra exterior como estrategia de consenso interno generó una memoria colectiva de largo recorrido, donde los Voluntarios Catalanes se erigieron en protagonistas de una mítica plebeya aún muy viva entre las clases populares de Barcelona a fines del siglo XIX<sup>51</sup>. Sugranyes y los voluntarios fueron iconos habituales de cafés y tabernas de la Barcelona vieja, e innumerables romances de hoja suelta, publicados en el entorno progresista barcelonés interesado en recuperar la audiencia perdida en Cataluña en 1843 y 1856, ensalzaron a Prim y cantaron las gestas de los voluntarios, quintaesencia del espíritu miliciano civil virtualmente liquidado en el golpe de fuerza de julio de 1856.

La inauguración en 1887 del monumento a Prim en los antiguos terrenos militares de la Ciudadela que él mismo donó a la ciudad<sup>52</sup>, coincidente con la erección en Madrid de los monumentos a Espartero y al marqués del Duero, supuso el espaldarazo de un mito caudillista no asumible por todas las fuerzas políticas catalanas. Ante la prohibición por el Gobierno Civil de la conmemoración de la Gloriosa, la estatua ecuestre se convirtió en el punto de reunión de los republicanos barceloneses, especialmente los radicales, que vieron en el conde de Reus un modelo de caudillo populista vinculado a una tradición insurreccional y revolucionaria largamente mitificada, pero anacrónica cuando, a inicios del siglo XX, la mayor parte del republicanismo se introducía en la senda del parlamentarismo. También en 1860 se planteó la construcción de un monu-

---

<sup>50</sup> Los Voluntarios Catalanes dieron guardia de honor a la reina en la visita que rindió a Montserrat el 30 de septiembre. La llegada de los voluntarios a Barcelona y el desbordamiento del júbilo popular, con erección de monumentos efímeros y recepciones organizadas por Víctor Balaguer y Manuel Durán y Bas, en Jiménez y Guited, 1859: II, 343-352. En su recorrido triunfal por Cataluña, Prim no se cansó de alabar el heroísmo y la fe los Voluntarios Catalanes, presentados como herederos de Roger de Flor y Berenguer de Entença. En los *Jocs Florals* de 1860, Víctor Balaguer conmemoró el éxito de la nueva expedición catalana con su libro *Jornadas de gloria o los españoles en África*, Madrid-Barcelona-La Habana, Lib. Española-D.I. López Bernagossi-Lib. La Enciclopèdia, 1860. El paralelo de Prim con Roger de Flor, *condottiero* de una fuerza irregular, cohesionada por la proximidad cultural e ideológica y la camaradería miliciana, se hizo lugar común en la poesía de la época. Véase García Balañà, 2002: 41.

<sup>51</sup> Sobre la presencia de Prim y de los Voluntarios Catalanes en las zarzuelas barcelonesas de fines del siglo XIX, véase Serrano, 1999: 134-135.

<sup>52</sup> Michonneau, 1998, I, 145-148 y 284-286.

mento a la Guerra de África, proyecto impulsado durante el Sexenio por el recuerdo de Prim, y que se retomó en 1875 como Monumento a las Glorias de África, exaltación implícita del cada vez más impopular ejército colonial<sup>53</sup>. El nuevo proyecto de columna, propuesto en 1910 tras el desastre del Barranco del Lobo y la «Semana Trágica», se inscribía también en un espíritu francamente militarista, pero tras el triunfo de Solidaritat Catalana no existía una disposición social muy favorable para abordar la construcción de este tipo de monumentos.

La creciente hostilidad que el catalanismo profesó al Ejército desde fines del XIX trasmutó radicalmente la imagen de los Voluntarios Catalanes, convertidos en muestra del más acendrado españolismo. Como recordaba a inicios de siglo el republicano Rispa i Perpiñà, los voluntarios «en nuestros días se han de oír motejados de separatistas por las voces de insana pasión hipócrita de una patria que glorificaron con su sangre»<sup>54</sup>. El 6 de noviembre de 1905, pocos días antes de los asaltos militares al *Cu-Cut!* y a *La Veu de Catalunya*, los Voluntarios Catalanes hicieron acto de presencia en Madrid para colocar sendas coronas de flores en las tumbas de Prim e Isabel II, y fueron agasajados en el Círculo de la Juventud Conservadora, en un banquete presidido por Maura. Moret pronunció otro discurso en el Frontón Central, también en tono patriótico españolista y antiseparatista<sup>55</sup>. Hasta épocas relativamente recientes, los Voluntarios Catalanes de 1860 han seguido siendo instrumentalizados en un sentido nacionalista español por el Ejército, como contraste de unas Fuerzas Armadas sistemáticamente desprovistas de catalanes<sup>56</sup>.

<sup>53</sup> Michonneau, 1998: I, 110-113 y 275-277.

<sup>54</sup> Francisco Rispa y Perpiñà, *Cincuenta años de conspirador (memorias políticas revolucionarias, 1853-1903)*, Barcelona, Lib. Vilella, 1932, pág. 49.

<sup>55</sup> García Figueras, 1961: 97-98, quien dice que en esos años «se apreciaban en Cataluña peligrosos y pujantes brotes de antimilitarismo y de separatismo, y los Voluntarios Catalanes fueron el símbolo de la repulsa de estos sentimientos». Véase Dionisio Monedero, *La fiesta de los Voluntarios Catalanes celebrada en Madrid el día 6 de noviembre de 1905. Apéndice al libro titulado Conferencias patrióticas, por D. Dionisio Monedero Ordóñez*, 3.<sup>a</sup> ed. Burgos, Impta. Lib. del Centro Católico, 1907. El autor fue voluntario en la Campaña de África de 1859-60.

<sup>56</sup> Fernando Fernández Bastarreche, *El Ejército español en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978, págs. 177-178. Véase como ejemplo la extensísima presencia de los Voluntarios Catalanes en el catálogo de la exposición *Catalunya i l'Exèrcit*, Capitania General de Catalunya/Ajuntament de Barcelona/Ministeri de Cultura, 1981, páginas 58-78, celebrada en el Palau Reial con motivo del Día de las Fuerzas Armadas tras el golpe de Estado del 23-F.

## 6. ENTRE EL PACIFISMO Y EL ANTIMILITARISMO

Aunque algunos autores han caracterizado el siglo XIX catalán como el «segle del senyor Esteve»<sup>57</sup>, también fue la centuria de las luchas civiles. Sólo en la primera década de la era isabelina, Barcelona fue el escenario habitual de *bullangas* como la quema de conventos el 25 de julio de 1835, el motín de las Ramblas 5 de agosto de ese año que acabó con el asesinato del general Pedro Nolasco Bassa y la quema de la fábrica Bonaplata, el alzamiento progresista de julio-agosto de 1840, el pronunciamiento contra el gobierno esparterista en noviembre de 1842 que acabó con el bombardeo de la ciudad el 3 de diciembre, y la rebelión de la «Jamancia» y el nuevo bombardeo desde Montjuïc de 7 de septiembre de 1843. A fines de esa centuria, el catalanismo como plasmación política de la sociedad civil del Principado se fue definiendo simbólicamente contra el Estado español y sus símbolos más característicos, como el Ejército. El discurso pacifista y antimilitarista ha sido consustancial al nacionalismo catalán desde el último tercio del siglo XIX, de modo que, en su peculiar perspectiva, una movilización militar sólo podía justificarse como respuesta a una agresión previa<sup>58</sup>. Según la tradición foral reflejada en el *Usatge Princeps Namque* regulado en 1481, los catalanes únicamente debían tomar las armas si su territorio resultaba atacado y su príncipe se ponía a la cabeza de la defensa. Esta presencia regia y la prohibición de enviar soldados del país a las guerras exteriores produjeron fricciones con la Monarquía hispánica ya desde el siglo XVI. Con ello se llegó al singular contraste entre el belicismo en la defensa interior, el pacifismo en la implicación del Estado en campañas exteriores, y un creciente antimilitarismo popular, plasmado en el rechazo a las quintas o a la «mili», el miedo al autoritarismo y al golpismo del Ejército español y el desprecio hacia el *miles gloriosus* como paradigma de la brutalidad, el atraso y la ineficacia<sup>59</sup>.

Cuando en 1773 el capitán general conde del Asalto quiso implantar la Real Ordenanza sobre quintas se provocó un primer motín —el *avalot de les quintes* de 4 de mayo— que obligó a conceder la exención colectiva a cambio del pago y sostenimiento de un cuerpo de voluntarios. La Guerra de Independencia y el primer con-

<sup>57</sup> Soldevila, 1966: 46.

<sup>58</sup> Martínez Fiol, 1995: 18.

<sup>59</sup> Ucelay, 1994: 243.

flicto carlista contribuyeron a la implantación de la hegemonía militar en la dirección política del Principado. En 1845 se impuso a los catalanes el servicio militar obligatorio universal, lo que provocó nuevas revueltas contra quintas ese verano. Al año siguiente, la Guerra de los Matiners fue estimulada por la crisis económica, pero también por la conscripción obligatoria, y degeneró en un confuso movimiento de resistencia que se desgranó en guerrillas carlistas, pero también en partidas progresistas y republicanas dirigidas por Victoriano Ametller en el Ampurdán y por Gabriel Baldrich en Tarragona. Tras la revolución de 1868, las Juntas locales abolieron tanto las quintas como los consumos, pero el incumplimiento de la promesa gubernamental de abolir la conscripción obligatoria condujo a sonadas revueltas como la rebelión federal producida en Barcelona y el Ampurdán ante el restablecimiento del servicio militar obligatorio y la disolución de los Voluntarios de la Libertad, 3.000 de los cuales, encabezados por el doctor Francesc Sunyer Capdevila, se enfrentaron a las tropas gubernamentales en octubre de 1869. Un nuevo símbolo de la resistencia federalista fue el motín producido en Gracia el 4-9 de abril de 1870, que inspiró el título del periódico *La Campana de Gràcia*, cuyo primer número apareció el 8 de mayo de 1870. Otras figuras legendarias del federalismo armado fueron Josep Palet, *Palet de Rubí* y Joan Martí i Torres, *Xic de les Barraquetes*, que tras el golpe de Estado de Pavía defendieron Sarriá del 10 al 12 de enero de 1874 contra las tropas del capitán general Martínez Campos.

Este rechazo persistente de la sociedad catalana al reclutamiento militar no implicaba necesariamente pacifismo o antimilitarismo<sup>60</sup>. A fines del siglo XIX, la doctrina catalanista no cuestionaba la existencia de un Ejército (el punto 12 de las Bases de Manresa de 1892 establecía que Cataluña contribuiría a la formación del Ejército por medio de voluntarios o de una compensación en metálico previamente convenida, como antes de 1845), sino que criticaba a las Fuerzas Armadas por su ineficacia y su carácter predominantemente monárquico y castellano. Sin embargo, a partir del cambio de siglo el militarismo se convirtió en el principal enemigo del nacionalismo catalán. La última campaña cubana, manifestación postera de movilización patriótica colonialista y motivo de la primera

---

<sup>60</sup> Abelló Güell, 1987: 341. Junto con Navarra, las provincias catalanas daban también el mayor porcentaje de redimidos y sustituidos respecto al total de quintos entre 1860 y 1871: hasta un 68% en Gerona en 1868 y un 67% en Barcelona en 1870 (Sales, 1974: 264).

toma de posición antibelicista del catalanismo<sup>61</sup>, marcó el camino para el definitivo distanciamiento hostil del Ejército con respecto del nacionalismo catalán. El notorio antimilitarismo de publicaciones como *Cu-Cut!* condujo a fines de 1905 una crisis de relaciones que tuvo como consecuencia la gran movilización cívica «de orden» de la Solidaritat Catalana contra el militarismo español, pero también contra la «anarquía lerrouxista».

A partir de ese momento, el antimilitarismo primario quedaría relegado al nacionalismo catalán más radical, que pasaría de la burla visceral a la crítica del militarismo como expresión de una sociedad agraria, regresiva y aristocratizante<sup>62</sup>. El estallido de un nuevo conflicto en Marruecos sirvió para reactivar el antimilitarismo popular, que en julio de 1909 se levantó contra el envío de soldados reservistas al Rif en lo que puede ser calificada de última *bullanga* democrática de la Cataluña ochocentista<sup>63</sup>. La nueva Ley de servicio militar de febrero de 1912 provocó un nuevo aumento del número de prófugos y un recrudecimiento de la propaganda antimilitarista, dirigida especialmente al sensible asunto de Marruecos, donde la solidaridad catalanista con el derecho de libre determinación de los rifeños se mantuvo hasta bien entrados los años veinte<sup>64</sup>. A partir de 1917, la mayor diferencia entre catalanistas moderados y radicales ya no era la hostilidad al Ejército español, sino la aceptación, siempre minoritaria, de un militantisismo que reivindicaba la lucha armada sin haberla ejercido en el pasado más que en momentos muy puntuales.

Finalizado el conflicto marroquí en 1925-26, el antimilitarismo se proyectó en los años treinta hacia el sector más ultraderechista del Ejército que protagonizó la asonada de 10 de agosto de 1932 y el pronunciamiento del 18 de julio de 1936, parcialmente yugulado por la acción de las milicias antifascistas. Durante la dictadura franquista, y tras las dos primeras décadas de cruenta represión, la ob-

---

<sup>61</sup> Cambó, 1981: 45 reconoce que «tots els catalanistes, davant la guerra de Cuba tenien una clara posició: la de simpatia per als insurrectes revoltats contra la sobirania espanyola». La desconfianza catalanista hacia el militarismo españolista de esa época, en Ucelay, 2003: 434-435.

<sup>62</sup> Ucelay, 2003: 538.

<sup>63</sup> Balcells, 2000: 28

<sup>64</sup> Véase Enric Ucelay, «Els enemics dels meus enemics. Les simpaties del nacionalisme català pels 'moros': 1900-1936», *L'Avenç*, núm. 28, junio 1980, págs. 29-40. Precisamente en 1920, frente a la media española de un 17% de soldados de cuota, Cataluña mantenía cifras en torno a un 30%, que oscilaban entre el 38% de Barcelona y el 25% de Lérida (Balcells, 2000: 28-29).

jeción de conciencia comenzó a expresarse individualmente partir de 1958, con la negativa de un testigo de Jehová a vestir el uniforme de soldado por razones religiosas<sup>65</sup>. El desarrollo a partir de los años setenta de los primeros movimientos no-violentos y antimilitaristas fue el precedente necesario para que en los años ochenta aparecieran grupos locales de insumisión cuya actividad desembocó en la creación en 1989 de la Assamblea Antimilitarista de Catalunya, que dio vertebración social y visibilidad pública a un movimiento de protesta que entre 1989 y 1999 dio cobertura a 12.000 insumisos en toda Cataluña<sup>66</sup>. Ante la intensidad del movimiento y la acentuación del antibelicismo con la primera guerra del Golfo de 1991, CiU entendió la insumisión como una herramienta útil para su objetivo de profesionalizar el Ejército<sup>67</sup>. La supresión del servicio militar obligatorio en 1998 no evitó los incidentes en el desfile del Día de las Fuerzas Armadas en Barcelona el 27 de mayo de 2000, que fue comparado desde algunos sectores catalanistas con el asalto de las fuerzas borbónicas el 11 de septiembre de 1714, el bombardeo de Espartero el 3 de diciembre de 1842, la asunción del mando de Martínez Campos en enero de 1874, las cargas de caballería del general Brandeis durante la «Semana Trágica» de 1909 y la entrada del ejército franquista el 26 de enero de 1939<sup>68</sup>.

## 7. IMAGINARIOS BÉLICOS DEL EXTERIOR: GARIBALDISMO, REPUBLICANISMO IRLANDÉS, EXCOMBATENTISMO

La vinculación de la experiencia militar catalana del siglo XIX con la conflictiva construcción del Estado nacional español (en la Guerra de la Independencia o las guerras civiles) o con su política colonial (en África o Cuba) hizo que los nacionalistas radicales del período de entreguerras (desde los voluntarios catalanes en la Gran Guerra a los *escamots* de Estat Català o incluso las columnas mili-

<sup>65</sup> Sobre el rechazo al servicio militar en el franquismo y la transición, véase Ferré, 1987.

<sup>66</sup> Hernández y Pinyol, 2000: 22. En 1993, Cataluña iba a la cabeza de la objeción de conciencia, con un 43% respecto del número de reclutas, sólo superada por País Vasco y Navarra. Véase también Lluc Pelàez, *Insubmissió. Moviment social y incidència política*, Barcelona, Publicaciones de la UAB, 2000.

<sup>67</sup> Lluc Pelàez y Asier Blas, «La insumisión y otros antimilitarismos», en Ibarra, Martí y Gomà, 2002: 128. Sobre el movimiento antimilitarista catalán, véase también Equip d'Anàlisi Política de la UAB i Universitat del País Basc, 2002: 9-17.

<sup>68</sup> Hernández y Pinyol, 2000: 13.

cianas que avanzaron hacia Aragón en la Guerra Civil) miraran hacia imaginarios bélicos foráneos para justificar el empleo de la vía armada como instrumento de liberación nacional.

El primer referente fue el voluntarismo armado garibaldino de raigambre republicana democrática, capaz de conciliar la mística de la liberación nacional con la solidaridad internacionalista a favor de los pueblos oprimidos. Durante los años centrales del siglo XIX, Cataluña estuvo muy pendiente de la evolución italiana, donde se estaba elaborando progresivamente una identidad nacional a través del *Risorgimento* (*Renaixença*) político y cultural. Como puede constatarse en *Mis recuerdos de Italia*, escritos en 1886 y publicados en Barcelona por la Tipo-Litografía de Luis Tasso en 1890, Víctor Balaguer viajó por Italia henchido de admiración por la causa garibaldina<sup>69</sup>. Los carbonarios españoles estrecharon sus relaciones con los italianos a partir de 1859 con la creación de la Legión Ibérica coordinada por Sixto Cámara desde Lisboa, Fernando Garrido desde Barcelona, Carlos Beltrán desde Madrid y Pablo Soler y Eduardo Pons desde Zaragoza. Parte de los soldados catalanes licenciados de la reciente guerra de África (Nicolás Díaz Pérez habló exageradamente de 1.600; más otros tantos portugueses<sup>70</sup>) embarcó encuadrada en esa Legión para ayudar a Garibaldi en su conquista del Reino de Nápoles con el apoyo económico de los partidos progresista y demócrata, pero el proyecto se vino abajo cuando Cámara, más impaciente por precipitar la revolución en España que por ayudar a la unificación italiana, intentó un levantamiento frustrado en Andalucía en julio de 1859<sup>71</sup>. Fue, en todo caso, el primer

---

<sup>69</sup> Engracia dal Maschio, «Cenno sulle relazioni tra l'Italia e la Catalogna dell'800», en Vicente González Martín (ed.), *El siglo XIX italiano (Actas del III Congreso Nacional de Italianistas)*, Salamanca, Universidad, 1988, pág. 89. Otro buen ejemplo del interés suscitado en Cataluña por la figura de Garibaldi es la obra de *Justo Pastor de Pellico* (seud. de Rafael Farga Pellicer), *Garibaldi. Historia liberal del siglo XIX*, Barcelona, Est. Tip. Ed. E. Ullastres, 1883, 2 vols.

<sup>70</sup> Díaz Pérez, 1876: 161.

<sup>71</sup> Al parecer, el 18 de septiembre de 1860 el primer contingente catalán de unos 125 individuos embarcó en Génova para enrolarse en las filas de Garibaldi. Sobre la frustrada Legión Ibérica de 1859 y los voluntarios españoles en el ejército de Garibaldi, véanse Díaz Pérez, 1876: 160-165; Francisco Madrid Santos, «El garibaldinismo en España en el siglo XIX», *Spagna Contemporanea*, año II, núm. 3, 1993, páginas 26-34 e Isabel M.<sup>a</sup> Pascual Sastre, *La Italia del Risorgimento y la España del Sexenio Democrático (1868-1874)*, Madrid, CSIC, 2001, págs. 347-376. La implicación de voluntarios catalanes en la Legión Ibérica, en Enrique Rodríguez Solís, *Historia del Partido Republicano Español (De sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires)*, Madrid, Impta. de Fernando Cao y Domingo de Val, 1892-93,

acto de la vinculación antiborbónica del garibaldismo y del democratismo popular catalán de trasfondo republicano, y el primer ensayo de intervención de los demócratas españoles en el extranjero, en una época marcada precisamente por la solidaridad combatiente de las distintas fuerzas políticas en los sucesivos conflictos europeos y extraeuropeos, como la Guerra de Secesión o el conflicto franco-prusiano<sup>72</sup>. En los años sesenta, los demócratas y republicanos españoles intentaron, con el apoyo de grupos conspirativos italianos, varios levantamientos armados encabezados por Prim, cuya legitimidad política quedó vinculada, como en el caso paradigmático de Garibaldi, a su carácter de caudillo popular, heredero simbólico de los héroes de la Guerra de Independencia. Durante la segunda y tercera décadas del siglo xx, los *neogaribaldini* se convirtieron en el puente necesario entre la experiencia de lucha armada internacional del ochocientos y el nuevo nacionalismo intervencionista surgido de la Guerra Europea<sup>73</sup>. Resulta muy significativo que Francesc Macià se sintiera tentado de impulsar desde 1924 una guerra de liberación según el modelo garibaldino, mediante el levantamiento de un «Ejército de Voluntarios Catalanes» dispuesto a intentar una irrupción fronteriza e incitar a una insurrección interior en la línea romántica de los «Mil». Para ello conectó en el otoño de 1926 con los exiliados antifascistas de la *Legione Garibaldina Della Libertà*, pero esta «conexión italiana» hizo derivar el complot en una rocambolesca maniobra de «baja política» internacional, transformando la intentona de Prats de Molló de inicios de noviembre en un auténtico desastre, que acabó paradójicamente por trasmutarse en una victoria moral al estilo de la de 1714, dando a Macià la aureola de patriota insobornable que le llevaría años después a la presidencia de la Generalitat<sup>74</sup>. Aun sin haber caído

---

vol. II, págs. 519-520 y Casimir Martí, *Orígenes del anarquismo en Barcelona*, Barcelona, Teide, 1959, págs. 76-77.

<sup>72</sup> Tras la capitulación de Metz el 27 de octubre de 1870, que puso en peligro a la recién creada Tercera República, algunos federales catalanes se alistaron en los francotiradores garibaldinos que acudieron a luchar junto a las tropas galas (Solé i Sabaté, 1990).

<sup>73</sup> Ucelay, 1994: 256.

<sup>74</sup> Todo este asunto, en Enric Ucelay Da Cal, *Estat Català: The strategies of separation and revolution of catalan radical nationalism (1919-1933)*, Ph. D. Columbia University, Ann Arbor (Mi.)-Londres, University Microfilms Internacional, 1979, vol. I, págs. 268-278 y Eduardo González Calleja, *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, CSIC, 1999, págs. 388-408.

en la trama provocativa urdida por Mussolini, los macianistas tendrían que haber contado con dos factores esenciales para llevar a buen puerto el modelo insurreccional garibaldino: un fuerte apoyo interior que se tendría que haber manifestado en forma de levantamientos locales, y un adecuado sostén exterior que debiera haber sido otorgado por alguna potencia interesada en el contencioso. Sin embargo, el auxilio activo a los proyectos subversivos de Macià en Cataluña resultó muy limitado; de ahí su insistencia en buscar ese impulso popular mediante un pacto con la CNT. En el extranjero sólo logró el aliento, más espiritual que material, de ciertas instituciones de la emigración, y el planteamiento del «pleito catalán» en los foros internacionales de nacionalidades oprimidas anejos a la Sociedad de Naciones tampoco pasó de discreto.

El mito resistencialista importado de Irlanda como camino hacia un nacionalismo de liberación que reivindicase el derecho de autodeterminación influyó en el nacionalismo radical catalán desde inicios del siglo xx. Al igual que el ala más extremista del nacionalismo vasco, los catalanistas radicales tenían en el nacionalismo irlandés su referente político fundamental: un nacionalismo periférico mal asumido por un estado monárquico occidental de larga tradición, donde las derrotas del *Home Rule* a fines del siglo xix habían fortalecido la causa del patriotismo revolucionario. Ya desde mayo de 1904, *La Tralla* amenazaba «o s'atendran y es donarà satisfacció completa a nostres aspiracions, o ha haurà una Nova Irlanda dintre de l'Estat Espanyol»<sup>75</sup>. Entre fines de 1918 y comienzos de 1919, coincidiendo con la efervescencia de la campaña *lligaire* en pro de la autonomía integral, los catalanistas más bulliciosos, en buena parte jóvenes empleados de comercio vinculados al Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria (CADCI), protagonizaron una campaña de agitación callejera inspirada en estrategias de movilización del nacionalismo irlandés<sup>76</sup>. La Federació Democràtica Nacionalista (FDN) creada por Macià a mediados de enero de 1919 también creía que la única posibilidad de reforma social y política del país pasaba por la realización de un movimiento revolucionario según las enseñanzas del «levantamiento de Pascua» dublinés de 1916, percibido como el sacrificio necesario que per-

---

<sup>75</sup> *Fibló* (seud. de Pelegrí Llangort), «La mort del catalanisme», *La Tralla*, núm. 29, 13-V-1904, cit. por Colomer, 1995: 115.

<sup>76</sup> Sobre la influencia del nacionalismo irlandés en el CADCI, véase Manuel Lladonosa, *Catalanisme i moviment obrer: el CADCI entre 1903 i 1923*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1988, págs. 414-417 y 441-445.

mitió al Sinn Féin encabezar un movimiento de desobediencia civil que fue el prelude de la proclamación del Estado Libre de Irlanda a fines de 1921. Siguiendo este modelo, que consideraban perfectamente aplicable a la realidad de la Cataluña de posguerra, la acción armada era entendida por los nacionalistas radicales como una amenaza de resistencia simbólica, y como un sacrificio de ruptura respecto al «Estado opresor», antes que como una real opción liberadora a corto plazo<sup>77</sup>. Macià dudaba que la independencia, o al menos cotas razonables de autonomía, se pudieran lograr por medios parlamentarios, y su estrategia era internacionalizar el problema catalán y vincularlo a la causa reivindicativa de otras «nacionalidades irredentas», como Galicia o el País Vasco.

La guerra civil que estalló en Irlanda en 1922 entre los partidarios de un Estado Libre reconocido por Gran Bretaña y los republicanos fue observada con no poca fascinación por los catalanistas radicales, que veían en la Lliga el principal obstáculo para la consecución de su programa independentista por medios extremos que no descartaban la violencia<sup>78</sup>. Con todo, Estat Català y los otros grupos nacionalistas radicales abocados a una oposición violenta a la Dictadura siguieron barajando dos estrategias insurreccionales: la resistencia en el interior entendida como sacrificio ejemplarizante según el «modelo irlandés», y el movimiento de liberación desde el exterior de corte risorgimental. En ambos casos, la táctica terrorista, empleada tanto por los *sinn féiners* como por el antifascismo neogaribaldino de la época, era considerada como un factor secundario en un esfuerzo subversivo que debía ser impulsado a campo abierto por una numerosa milicia armada. El movimiento armado separatista, inspirado y liderado por Macià, estaba más cerca del modelo irlandés de resistencia sacrificada y heroica o del insurreccionalismo romántico evocado por las expediciones garibaldinas (que habían vuelto a ponerse de moda en las «nacionalidades irredentas» de los imperios ruso y austrohúngaro desde los últimos pasos de la Gran Guerra) que de una concepción paramilitar moderna y sistemática de la acción política. Y ello a pesar de que, en esos años, el ideal garibaldino ochocentista del grupo insurreccional como expresión de la nación en armas estaba dejando paso

---

<sup>77</sup> Ferran Mascarell, «Macià: un polític sorprenent. Conversa amb Enric Ucelay Da Cal», *L'Avenç*, núm. 66, diciembre 1983, págs. 31-32.

<sup>78</sup> Enric Ucelay Da Cal, «Les opcions polítiques bàsiques de l'oposició a la Dictadura, 1923-1931», en *Evarist Fàbregas i el seu temps*, Reus, Edicions del Centre de Lectura, 1990, pág. 77.

franco al nuevo paradigma combatiente, con tonos nietzscheanos, del «combatiente político», que concebía el futuro político o social como un acto supremo de voluntad<sup>79</sup>.

El conflicto mundial difundió una imagería beligerante que gestionó con facilidad a los catalanistas más radicalizados, mientras que la Lliga mantuvo al respecto una actitud más ambigua<sup>80</sup>. La propaganda aliadófila difundida en el Principado siempre destacó la predisposición de los catalanes a ofrendar su vida a la causa de la Entente, especialmente en solidaridad con Francia en nombre de la raza latina<sup>81</sup>. Estos voluntarios, que fueron presentados como un nuevo episodio de la cadena de imágenes militares que arrancaba de los voluntarios catalanes de la Guerra de África o de Cuba, y proseguiría en los años veinte y treinta con el SEM (organización armada del ala militarista de Acció Catalana) y los *escamots* de Estat Català, debían ser la carta de presentación del pleito nacional catalán ante los aliados, con el objeto de obtener la deseada autonomía:

Des dels dies llunyans del 1714, ells [los voluntarios catalanes en la Gran Guerra] són els primers que en veritat donen la sang per Catalunya. No la donaren verament per Catalunya els qui combaterem en la península l'any 1808, ni a l'Àfrica l'any 1860, ni a Ultramar durant les guerres colonials. Però la donen per Catalunya aquests dos mil catalans que ara al costat de la França heroicament combaten [...] Per anar a la gran guerra d'Europa, en la qual l'Estat espanyol no hi pren part, dos mil catalans han sortit voluntaris. Digueu-nos quanta voluntaris sortiren de Catalunya, si una nova guerra d'Àfrica, per l'estil de la del 1860, pogués avui esclatar<sup>82</sup>.

La contribución de sangre a la victoria sobre los Imperios Centrales siempre se puso en relación con los intereses históricos de Cataluña. En el folleto de suscripción al monumento a los soldados francoespañoles muertos en la Gran Guerra, inaugurado el 2 de junio de 1925 en el cementerio de Montjuïc, se decía:

<sup>79</sup> Ucelay, 1997: 37-38.

<sup>80</sup> Ucelay, 2003: 724-725.

<sup>81</sup> Martínez Fiol, 2004: 29. Según Soldevila, 1966: 52, «Catalunya fou el poble no bel·ligerant que a prendre una part més activa en la gran guerra [...] La bel·licositat dels catalans es desvetlla quan un fort ideal la sotraga y una organització militar existeix per endegar-la».

<sup>82</sup> Antoni Rovira i Virgili, *Els valors ideals de la guerra*, Barcelona, Societat Catalana d'Edicions, 1916, cit. por Martínez Fiol, 1988: 70.

Soldados de Cataluña fueron en verdad aquellos hermanos nuestros. Desde 1714 hasta hoy ellos han sido los primeros catalanes que han ido a una guerra pensando en la causa catalana, desplegando en el aire violento del combate nuestra enseña. La gloria que ganaron la pagaron al precio de su vida y de la sangre en los campos de la dulce Francia, en las montañas de Serbia, en la estrechez desolada de la península de Gallípoli, donde los almogávares acamparon seis siglos antes. Y esa gloria acrecienta la rica herencia espiritual de Cataluña<sup>83</sup>.

En realidad, el mito de los miles de voluntarios de la Gran Guerra que se integra en la cosmografía agónica del nacionalismo catalán desde la campaña autonomista de 1918-19 no resiste un análisis serio<sup>84</sup>. Sólo hubo 954 voluntarios, la mayor parte campesinos emigrantes que se alistaron en la Legión Extranjera como un modo de superar la miseria, y sólo una treintena estaban verdaderamente ideologizados en sentido catalanista. Ello contrasta con el estereotipo de voluntario catalán, nuevo almogávar, patriota mezcla de civismo moderno y caballeridad medieval diseñado por el imaginario catalanista cercano al Comité Germanor amb els Voluntaris Catalans dirigido por el Dr. Joan Solé i Pla (figura destacada de la Unió Catalanista) desde el 20 de febrero de 1916<sup>85</sup>. Como no eran suficientes para crear una Legión Catalana, se contemplaron en el modelo de la Legión Garibaldi (1<sup>o</sup> y 2<sup>o</sup> Regimientos de Marcha de la Legión Extranjera llegados al frente en agosto de 1914) para su propio modelo de combatiente fervorosamente patriótico y democrático, enlazando de este modo con el garibaldismo decimonónico antes que con el mito del «nou almogàver» reeditado en clave republicana y nacionalista<sup>86</sup>.

Las diversas experiencias bélicas foráneas se superpusieron en el catalanismo independentista de los años veinte, que confundió la militancia política con la combatividad paramilitar. La experiencia

---

<sup>83</sup> Cit. por Balcells, 1986: 62. El monumento de Josep Clarà a los catalanes muertos en la Primera Guerra Mundial en el Parque de la Ciudadela fue inaugurado el 14 de julio de 1936.

<sup>84</sup> Prólogo de Enric Ucelay a Martínez Fiol, 1991: 8. Cortade, 1969: 74 llegó a hablar de 15.000 voluntarios, cifra a todas luces exagerada, de los que sobrevivieron unos 2.000.

<sup>85</sup> Martínez Fiol, 2004: 30.

<sup>86</sup> Sobre el fracaso en la formación de una Legión Catalana (a diferencia de las legiones checa y polaca), véanse Martínez Fiol, 1991: 129-142, y Joan Benet, «Els voluntaris catalans de la primera guerra mundial», *Serra d'Or*, V, núm. 11, 10-XII-1968, pág. 77.

de los grupos de asalto de la Gran Guerra fue plenamente asumida por Macià en la constitución de sus *escamots*, para los que incluso estableció rituales castrenses y una condecoración (la Creu des Ardits) en 1926. Algunos miembros de la expedición de Prats de Molló eran excombatientes de la Primera Guerra Mundial, y en el juicio posterior Macià volvió a aludir al mito de la ayuda prestada a Francia por los inexistentes 14.000 voluntarios catalanes. Luego, la contribución de estos soldados al imaginario militar del independentismo catalán fue olvidándose progresivamente, aunque un número no determinado de veteranos formó una asociación que se mantuvo durante los años treinta en la órbita del sector más intransigente de Estat Català. La herencia del *pathos* combativo de la guerra y la posguerra fue asumida entonces por las JEREC, que se mantuvo en una inestable actitud entre el militarismo propio y el antimilitarismo hacia España, hasta que el fiasco de octubre de 1934 clausuró la etapa de tentaciones paramilitares y derrotas insurreccionales abierta diez años atrás.

8. DE LA «CIUTAT DE LES BOMBES» AL «OASIS CATALÁN»: LOS MITOS DE LA CATALUÑA INGOVERNABLE, LA «REVOLUCIÓN» DE OCTUBRE Y LA GUERRA CIVIL IMPUESTA

En los últimos años de siglo comenzó a cobrar forma la imagen de una Cataluña ingobernable. Una región con un equilibrio de fuerzas políticas y sociales sumamente complejo y fluido, donde convergían las formas esenciales de contestación total del *statu quo* restauracionista: contra la estructuración centralista del Estado (el catalanismo), contra el régimen político liberal-monárquico (el republicanismo lerrouxista y, en menor medida, el carlismo) y contra el sistema socioeconómico burgués-capitalista (el anarquismo y el sindicalismo). Sin embargo, estas corrientes de oposición no lograron articular una contestación homogénea y global, sino que concertaron alianzas muy cambiantes: la conspirativa del anarquismo y el republicanismo hasta 1909; la parlamentaria del catalanismo, republicanismo y carlismo en la Solidaridad Catalana, pero también las menos explícitas del lerrouxismo y del catalanismo con el Gobierno central para hacer frente respectivamente a las amenazas nacionalista y anarquista. Ello generó enfrentamientos parciales muy violentos: republicanos *versus* carlistas en la polémica anticlerical de inicios de siglo, «solidaristas» contra «antisolidaristas» por el control político de Barcelona desde 1906, o anarquistas contra lerrouxistas por la influencia sobre las masas populares. Una situa-

ción agravada por la falta de sintonía entre las diversas instancias del poder central: Gobierno, gobernador civil y capitán general.

En medio de esta confusa situación, el catalanismo fue adoptando una táctica crecientemente posibilista y gradualista, que le llevó a una defensa cada vez más cerrada del orden social amenazado por fuerzas radicalmente situadas al margen de la sociedad civil catalana, como el anarquismo o el lerrouxismo. De este modo, la Lliga abandonó paulatinamente su carácter nacionalista e interclasista para transformarse en el portavoz de los intereses de la burguesía conservadora, pactando cada vez más estrechamente con Madrid hasta su directa implicación gubernamental en 1917-18.

Los atentados anarquistas de 1893-97 contra personalidades representativas del sistema político (el capitán general Martínez Campos y el gobernador Larroca), contra ámbitos muy caracterizados del poder económico (Fomento del Trabajo Nacional), social (Liceo) y simbólico (procesión del Corpus) fueron percibidos por la burguesía catalana como una amenaza directa que obligaba a los poderes públicos a adoptar medidas de excepción. Aunque el catalanismo se mostró pasivo ante las torturas de Montjuïc (denunciadas por anarquistas y republicanos, especialmente por Lerroux), fue más sensible ante el caso de Pere Coromines, cuya terrible peripecia carcelaria enajenó al Gobierno la simpatía de un importante sector de la clase media local. Los «crímenes de Montjuïc» se transformaron en un importante elemento de socialización política de las capas populares de Barcelona, pero también conformaron el persistente «temor y temblor» de unas clases propietarias cada vez más inclinadas a soluciones drásticas en las cuestiones de orden público. Si el *tancament de caixes* de septiembre-noviembre de 1899 fue interpretado como una muestra de madurez cívica antes que como una fronda antifiscal de contenido catalanista, los conatos de huelga general de 1901 a 1903 (basadas más en el espíritu tradicional de revuelta heredado del republicanismo decimonónico que en una estrategia reivindicativa centrada en el sindicalismo) fueron percibidos como una grave amenaza que obligaba a la burguesía industrial barcelonesa a adoptar medidas de autodefensa inspiradas en el Somatén rural catalán y en los temibles Batallones de Voluntarios de Cuba. El recrudecimiento de las explosiones a partir de 1904 abrió de nuevo la vieja polémica sobre la eficacia policial, donde, a pesar de las inconfesables concomitancias de destacados miembros de la aristocracia barcelonesa en la «trama Rull», la Lliga acusó al Gobierno central de desentendimiento e impulsó a través del Ayuntamiento y la Diputación la creación de una Junta de Defensa de Barcelona al margen de la autoridad gubernativa, y en 1907

de un servicio especial de vigilancia (la Oficina de Investigación Criminal del inspector Charles Arrow) que fue descalificado por anarquistas y lerrouxistas como una «policía burguesa» dirigida francamente en su contra<sup>87</sup>. En toda esta época, el catalanismo oficial no entreveía los asuntos de orden público como un problema prioritario que debía ser desactivado con los mayores medios disponibles y después de haber alcanzado el necesario grado de consenso político, sino como un asunto que podía ser atizado e instrumentalizado frente al Gobierno central para arrancarle determinadas concesiones de tipo político.

El estallido inopinado de la «Semana Trágica», movimiento complejo de protesta que algún autor ha definido como la última *bullanga* de Barcelona, provocó un nuevo giro conservador de la Lliga, que para desmentir la acusación de haber tolerado un «movimiento separatista» y superar el trauma de su propia deserción, fomentó la denuncia anónima *a posteriori* como un acto loable de ciudadanía<sup>88</sup>. Fue tras la «Semana Trágica» cuando D'Ors formuló su teoría del heroísmo catalán imbuido de los valores privativos de la sociedad civil. Durante la crisis del verano de 1917 la Lliga también mantuvo su ambigüedad, apoyando el movimiento asambleísta y constituyente, pero recomendando orden y vigilancia contra los agitadores que pudieran fomentar revueltas<sup>89</sup>. Poco después, los catalanistas perpetraron una «traición» en toda regla al espíritu asambleísta, al participar en los gabinetes de concentración de García Prieto y Maura.

El fracaso de la campaña autonomista de 1918-19 llevó a un callejón sin salida la táctica posibilista y gradualista de la Lliga. Poco antes de la nueva oleada reivindicativa del obrerismo abierta con la huelga de «La Canadiense» de febrero-marzo 1919, el catalanismo apoyó la resurrección del Somatén, institución cuyo nacimiento se perdía en las brumas de la Edad Media catalana, y que había experimentado durante el siglo XIX un notable proceso de transformación

---

<sup>87</sup> Eduardo González Calleja, *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1874-1917)*, Madrid, CSIC, 1998, págs. 402-417.

<sup>88</sup> *Pol* (seud. de Fernando Agulló, secretario técnico de la *Lliga*) es reputado como el autor del famoso editorial «Delateu!», *La Veu de Catalunya*, 12-VIII-1909, pág. 1.

<sup>89</sup> La actitud contrarrevolucionaria de la *Lliga*, en Pabón, 1952-1969: I, 513 y Carlos Seco Serrano, *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931). Vol. I: De los comienzos del reinado a los problemas de la posguerra, 1902-1922*, tomo XXXVIII de la *Historia de España Menéndez Pidal*, dirigida por José M.<sup>a</sup> Jover Zamora, Madrid, Espasa-Calpe, 1995, págs. 386-392.

desde la «defensa de la tierra» hasta la defensa de la propiedad agraria y del orden sociopolítico moderado<sup>90</sup>. Con apoyo de la burguesía nacionalista, de la patronal y de la Capitanía General, el renacido mito de los «catalans honrats» en armas pasó de interpretarse como un método excepcional de defensa territorial a convertirse en una institución permanente de carácter paramilitar, estrechamente sometida a la autoridad castrense y cuidadosamente reglamentada desde las altas esferas oficiales. Este apoyo tácito, pero no incondicional, de la Lliga a las autoridades militares en la creación de policías paralelas y en la tolerancia a las bandas de pistoleros anticenetistas perseguía una erosión del poder civil que fue el prelude necesario de la Dictadura de Primo de Rivera. Desde 1923, la toma del poder por el Ejército, la desautorización de la Lliga como interlocutora válida en la vida pública catalana y la dura represión sobre la CNT permitieron a la pequeña burguesía nacionalista radicalizada ocupar el centro de la escena política, situación privilegiada que no abandonaría hasta julio de 1936.

Durante los años de la Segunda República, la vía armada siguió siendo para algunos sectores extremistas el fundamento del triunfo y de la preservación del *Estat Català*. Una comisión nacionalista compuesta por Batista i Roca, Rosell i Vilar, Baltà y Cardona propuso a Macià el mismo 14 de abril la creación de una Guardia Cívica como medio de defensa contra una posible agresión de la naciente República española, aunque esta iniciativa de autodefensa jugó un papel de mera comparsa en el sutil juego de presiones desplegado en esas horas decisivas entre Madrid y Barcelona<sup>91</sup>. La República Catalana no duró más que tres días, pero abrió un nuevo capítulo de crisis y radicalización del sector separatista en el seno de la Esquerra, que mantuvo abierta hasta 1934 la estrategia insurreccional basada en la defensa interior frente al Gobierno central. Para los campeones del maximalismo nacionalista, la autonomía había venido de la mano de los jefes de la resistencia armada contra la Dictadura y la Monarquía, pero ese respaldo de la democracia popular catalana sobre el «plebiscito de la armas» dejaba abierta la po-

<sup>90</sup> Soldevila, 1966: 53. Pabón, 1952-1969: II, 115.

<sup>91</sup> Enric Ucelay Da Cal, «Daniel Cardona i Civit i l'opció armada del nacionalisme radical català (1890-1943)», en Daniel Cardona, *La Batalla i altres textos*, Barcelona, Eds. de la Magrana-Diputació de Barcelona 1984, pág. XXXIII; y *Vibrant* (seud. de Daniel Cardona), *Res de nou al Pirineu*, Barcelona, Nosaltes Sols!, 1933, págs. 157-160. Al parecer, durante la negociación del Estatuto, Macià amenazaba al gobierno de Madrid con una improbable insurrección (*El Sol*, 29-V-1932, pág. 1).

sibilidad de una nueva radicalización violenta cuando la autonomía fuera puesta en peligro.

El progresivo deterioro de relaciones entre la Generalitat y el gobierno central a partir de las elecciones de noviembre de 1933 abrió el camino a la metáfora de Cataluña como «baluard de la República» de abril. La fracasada rebelión del 6 de octubre de 1934 fue también muy fértil en mitos y antimitos, que pueden quedar ejemplificados en las figuras de los mártires Compte y Companys y del villano Dencàs, chivo expiatorio de la frustrada «rebelión catalana». Joan B. Culla interpreta los sucesos —correctamente, a nuestro juicio—, no como una revolución, sino como una «revuelta» o «gesto» de la pequeña burguesía republicana en el poder para consolidar su posición política y reubicar la República en sus postulados iniciales de tipo federalista, sin ninguna intención de alentar los otros movimientos revolucionarios que se simultanearon: la asonada separatista de Estat Català y el movimiento obrerista revolucionario canalizado por la Alianza Obrera, a la que Companys se negó a dar armas pero a la que permitió el desencadenamiento de la huelga revolucionaria como una baza favorable en su pulso con el gobierno central<sup>92</sup>. El *president* no pensaba en una insurrección armada para la que la Generalitat no estaba preparada, sino en realizar un acto de rebeldía simbólico e incruento de «refundación de la República», un «pronunciamiento civil» sin connotaciones rupturistas con el Estado, que, como sucedió en abril de 1931, forzase la situación en Madrid. Pero este nuevo catorce de abril quedó frustrado por la división y el enfrentamiento de la coalición que había posibilitado el cambio de régimen de 1931. A pesar de la modestia de los fines perseguidos y de la deficiente utilización de los medios puestos a disposición de los insurrectos, la efusión de sangre y la represión ulterior convirtieron el 6 de octubre en auténtico hito y mito de la resistencia secular de Cataluña contra el poder centralista.

Menos de un año y medio después, en contraposición al mito de la «primavera trágica» levantado *a posteriori* por la historiografía franquista, la historiografía catalanista erigió el contramito del «oasis republicano» en la primavera de 1936<sup>93</sup>. Es cierto que, a pesar

---

<sup>92</sup> Joan B. Culla i Clara, *El catalanisme d'esquerra. Del Grup de «L'Opinió» al Partit Nacionalista Republicà d'Esquerra (1928-1936)*, Barcelona, Curial, 1977, págs. 298-303.

<sup>93</sup> Al parecer, el término fue acuñado por el periodista Manuel Brunet Solà, comentarista político de *La Veu de Catalunya*, donde el 4-III-1936 había escrito: «Abans i després del 6 d'octubre havia dit moltes vegades que Catalunya, amb el seu Estatut, hauria pogut ésser un oasi». Sobre esta metáfora, véase Ricard Vinyes i Ribes,

de sucesos puntuales como el asesinato de los hermanos Badia el 28 de abril, el Principado no sufrió la violencia colectiva con la intensidad de las huelgas de 1933 o la insurrección de octubre de 1934. La Lliga actuó como leal oposición parlamentaria, derivando hacia el centro y permaneciendo al margen de la conspiración tramada por el Ejército y la derecha española más recalcitrante. En Cataluña, la falta de fuerza electoral y el reducido eco social de la extrema derecha antirrepublicana evitaron que se estableciera el clima de crispación que se respiraba en Madrid y otras ciudades. El fascismo tenía poca aceptación entre la pequeña burguesía, que no jugaba la carta del golpe militar, e incluso la prensa conservadora de Barcelona atribuyó esta relativa tranquilidad a la estabilidad institucional que garantizaban las instituciones autonómicas aceptadas por la inmensa mayoría del espectro político<sup>94</sup>. El reconocimiento de esta situación alentó, a partir de julio, la difusión de la imagen de una guerra impuesta, que, al igual que la etapa catalana del conflicto de sucesión de 1701-1714, acabó por derivar en una invasión exterior y una guerra de ocupación. Muchos catalanistas interpretaron el 19 de julio como una nueva etapa en la lucha por la liberación individual y colectiva, tras el levantamiento frustrado de 1640 y la derrota de 1714, que más tarde fue comparada con la ocupación franquista de 1939. En consonancia con la progresiva internacionalización del conflicto interno, la Guerra Civil fue adquiriendo para los catalanistas el carácter de una nueva guerra de independencia. En 1937, Rovira i Virgili interpretó las guerras populares catalanas sostenidas contra Juan II, Felipe IV y Felipe V como un enfrentamiento violento entre el espíritu absolutista de las dinastías extranjeras y el espíritu democrático de los catalanes, y equiparó la lucha contra Olivares con la resistencia que los catalanes mantenían contra Franco, respaldado por un ejército nutrido también de soldados castellanos y de mercenarios extranjeros<sup>95</sup>. Nicolau d'Olivera llegó a decir que Cataluña había sufrido varias invasiones foráneas durante la contienda: la de los «murcianos

---

*La Catalunya internacional. El frontpopulisme en l'exemple català*, Barcelona, Curial, 1983, págs. 303 y 334-335 y Jaume Guillaumet, «L'oasi, versió original», *El País* [ed. Cataluña], 29-III-2005). El término se emplea aún hoy con profusión e ironía en los debates políticos y sociales referidos a Cataluña.

<sup>94</sup> Ardit, Balcells y Sales, 1980: 591 y 594.

<sup>95</sup> Antoni Rovira i Virgili, «La significació de 1714», *La Humanitat*, 11-X-1937 y «El Corpus de Sang», *ibid.*, 6-VI-1937, reproducidos respectivamente en *Quinze articles*, Barcelona, Institució de les Lletres Catalanes, 1938, págs. 94-95 y 55.

de la FAI», los «policías de Negrín», el «ejército comunista» y, por último, los «falangistas de Franco»<sup>96</sup>.

La Guerra Civil desorientó al residual militarismo catalanista, que habló de la guerra «de ellos», fueran anarquistas, comunistas o franquistas. Esta persistente imagen de la guerra impuesta no puede ocultar los hechos de que el Ejército del Este, formado en gran parte por levas catalanas, fue el protagonista del paso del Ebro en julio de 1938, y que hubo 30-40.000 catalanes combatientes en las filas de Franco<sup>97</sup>. Por otro lado, la revolución desencadenada en julio de 1936 abrió el camino a una compleja lucha interna entre los diversos actores políticos (anarcosindicalistas, catalanistas radicales, comunistas del PSUC, Gobierno de la Generalitat o Gobierno Central), centrada en el alcance de la guerra revolucionaria y la militarización intensiva de la sociedad. El Comité Central de Milicias antifascistas, único poder efectivo de Cataluña en los primeros dos primeros meses del conflicto, trató de ser contrarrestado con el frustrado intento de la Generalitat de crear un Ejército Catalán sobre la base de las milicias ciudadanas para la defensa de la República comandadas por Enric Pérez Farràs. Tras la entrada de los anarcosindicalistas en el gabinete presidido por Tarradellas el 26 de septiembre y la casi inmediata autodisolución del Comité de Milicias (que fue sustituido por una Junta de Seguretat Interior de Catalunya) se produjo una confusa serie de tanteos conspirativos contra Companys, que implicaron al presidente del Parlamento Joan Casanovas, hasta entonces primer consejero de la Generalitat, y a destacadas figuras de Estat Català<sup>98</sup>. El 8 de diciembre, la Generali-

---

<sup>96</sup> Carta de Lluís Nicolau d'Olwer a Ramón Peypoch (París, 15-VI-1939), cit. por Díaz Esculies, 1991: 18.

<sup>97</sup> Soldevila, 1966: 62. En septiembre de 1936 se formó la Centuria Virgen de Montserrat en Burgos, y a comienzos de 1937 se constituyó el Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat, cuyos combatientes fueron descritos como almogávares distinguidos en los asedios de Codo y Belchite. Véanse las obras de Salvador Nonell Bru, *Los requetés catalanes del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat en la Cruzada española, 1936-1939*, Barcelona, Casulleras, 1956; *Así eran nuestros muertos del Laureado Tercio de Requetés de Ntra. Sra. de Montserrat*, Barcelona, Casulleras, 1965 y *El laureado Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat*, Barcelona, Molagráf, 1992. La colaboración catalana al esfuerzo de guerra nacionalista, vista desde el punto de vista falangista, en José María Fontana, *Los catalanes en la guerra de España*, Madrid, Samarán, 1951. La cooperación de la Lliga al esfuerzo de guerra rebelde, en Borja de Riquer i Permanyer, *El último Cambó, 1936-1947: La tentación autoritaria*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1997, págs. 99-188.

<sup>98</sup> Enric Ucelay Da Cal, «El 'complot nacionalista' contra Companys. Noviembre-diciembre del 1936», en Josep Maria Solé i Sabaté (dir.), *La Guerra Civil a Catalunya*, Barcelona, Eds. 62, 2004, vol. III, págs. 205-214; Ramón Ferrerons y Antoni Gascón,

tat promulgó un decreto que creaba el Exèrcit Nacional de Catalunya, en abierta pugna con el Gobierno central. Tras los enfrentamientos de mayo de 1937 el gobierno Negrín unificó todo el Ejército republicano, reforzándolo con un número cada vez mayor de efectivos de orden público<sup>99</sup>. De modo que la militarización efectiva tras los *fets de maig* se hizo bajo las pautas del estricto centralismo militar español. También en ese aspecto concreto, la asunción de atribuciones defensivas por el Estado fue un prelude de lo que acontecía tras la derrota.

La Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial acentuaron las prácticas militaristas de algunas formaciones catalanistas radicales, republicanas y marxistas, que habían atesorado la experiencia de los conflictos civiles anteriores, y que plantearon diversas alternativas armadas de liberación nacional, inspiradas en las experiencias de los años veinte y treinta<sup>100</sup>. El espíritu de las columnas armadas de partido y sindicato se mantuvo en la posguerra: cada organización se especializó en diversas tareas militares, facilitando el paso clandestino por la frontera pirenaica o participando en las actividades de la Resistencia antinazi. Las primeras iniciativas de encuadramiento las tomaron desde el verano de 1939 los exiliados catalanistas en el Sur de Francia, que trataron en vano de constituirse en Legió Catalana en el seno del Ejército Francés, al igual que los catalanes exiliados en Nueva York y América Latina, que pretendieron reactivar el mito *escamot* de los años veinte. Tras el desembarco aliado en Provenza de agosto de 1944, el *maquis* nutrido de combatientes comunistas españoles protagonizó la liberación de los Pirineos oriental y central, constituyéndose en la fuerza dominante de la resistencia antifranquista en el exterior. Sólo los comunistas del PSUC llevaron a la práctica una vía de liberación nacional española y catalana, basada en una plataforma política (la Junta de Unión Nacional Española y correlato la Aliança Nacional de Catalunya) y un intento de invasión del Valle de Arán en octubre de 1944, que quiso ser presentado como heredero sentimental de los *fets de Prats de Molló* de 1926<sup>101</sup>. Pero la doble premisa ya apuntada para

---

«Les milícies Pirinenques, nacionalisme armat», *L'Avenç*, núm. 91, marzo 1986, págs. 20-29 y Daniel Díaz Esculies, «Objectiu: matar a Companys (el report de Josep M. Xammar)», *L'Avenç*, núm. 225, mayo 1998, págs. 6-12 y «Estat català contra Lluís Companys», *El Temps d'història*, núm. 43, enero 2005, págs. 4-7.

<sup>99</sup> Cruells, 1974: 91.

<sup>100</sup> Martínez Fiol, 1995: 18.

<sup>101</sup> Martínez Fiol, 1995: 22. Véase también José Luis Martín Ramos, «El PSUC: la primera resistència», *L'Avenç*, núm. 196, octubre 1995, págs. 30-53.

el éxito de una iniciativa insurreccional de estas características (apoyo entre la población autóctona y capacidad de plantear el «pleito catalán» en los foros internacionales) tampoco se dio en esta ocasión, lo que llevó a la retirada precipitada y a la impotencia política.

#### 9. DE TERRA LLIURE AL *BARÇA*: TRANSFORMACIÓN Y BANALIZACIÓN DE LOS IMAGINARIOS COMBATIENTES

La memoria de la Guerra Civil, de la resistencia armada al franquismo, de los procesos de lucha por la independencia de Irlanda y Argelia, y de los movimientos anticoloniales en el contexto de la Guerra Fría, tuvieron una cierta repercusión en Cataluña, abocando a los minoritarios grupos independentistas a reactivar la opción por la lucha armada. Tras las conmociones de mayo de 1968, el Front Nacional de Catalunya (FNC) creado en 1939 sufrió la escisión del Partit Socialista d'Alliberament dels Països Catalans (PSAN), que mezcló todas las experiencias armadas del momento: desde el «foquismo» guevarista a la guerrilla urbana, el tercermundismo y, sobre todo, el naciente modelo resistencial vasco representado por ETA<sup>102</sup>. En 1970, con ocasión del Juicio de Burgos, inició sus actividades subversivas el Front d'Alliberament de Catalunya (FAC) organización nacionalista-socialista nutrida por las Joventuts Obreres de Estat Català, que tras la perpetración de un centenar de sabotajes y atentados fue desarticulada por la Policía en 1975<sup>103</sup>. También a inicios de la década otras formaciones marxistas-leninistas como el Exèrcit Popular de Catalunya (EPOCA) mantuvieron acciones de propaganda armada. En 1975 el PSAN-P (Provisional) firmó un acuerdo de colaboración con ETA y la Union do Pobo Galego Ceibe. Tras la corta trayectoria del Exèrcit d'Alliberament Català (EAC, 1978-79) la aparición de Terra Lliure a fines de la década constituyó el intento más serio y consciente de aplicar las tácticas subversivas del nacionalismo vasco radical al contexto político catalán. En la Declaración de Principios hecha pública en el acto convocado

---

<sup>102</sup> Véase Fermí Rubiralta Enguany, *Orígens y desenvolupament del PSAN (1969-1974)*, Barcelona, La Magrana, 1988; Roger Buch i Ros, *El Partit Socialista d'Alliberament Nacional (PSAN), 1974-1980*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials, 1995 y David Bassa, Carles Benítez, Carles Castellano y Raimon Soler, *L'independentisme català (1979-1994)*, Barcelona, Llibres de L'Índex, 1994.

<sup>103</sup> Véase Jordi Vera, *La lluita als Països Catalans (Història del FAC)*, Sant Boi de Llobregat, Eds. Lluita, 1985

por la Crida a la Solidaritat en el Camp Nou el 24 junio de 1981 en defensa de la lengua y de la cultura catalanas, la lucha armada no se planteaba con la esperanza puesta en un enfrentamiento militar directo con el Estado, sino para acentuar las contradicciones del sistema, mantener un alto espíritu de combatividad, abrir espacios de control y poder populares y clarificar políticamente la situación catalana debilitando las estructuras de opresión centralista. No se trataba, pues, de un problema militar, sino de un problema de autoorganización de las fuerzas políticas y revolucionarias del pueblo catalán, que debía articular su acción en frentes de lucha sectoriales: «lluïta per la defensa de la terra, de la llengua, de la sobirania nacional, dels interessos com a treballadors i contra l'espanyolitjació de la societat catalana»<sup>104</sup>.

El Moviment de Defensa de la Terra (MDT) surgió tras la *Diada* en el Fossar de les Moreres de 1984, como coordinadora lo diversos colectivos independentistas, cuyos objetivos (unificación de Cataluña, aceptación de todas las formas de lucha, defensa de los intereses del pueblo trabajador catalán e independencia nacional) resultaban muy similares a los de ETA-KAS aunque en 1987 desde algunos sectores independentistas intransigentes se criticaba al MDT por ser un lugar de contraste de ideas, y no un «campo de batalla»<sup>105</sup>. Si bien durante los años ochenta se produjo una mitificación del resistencialismo, la movilización y el constante espíritu reivindicativo exhibido por el independentismo vasco<sup>106</sup>, el nacionalismo radical catalán fue incapaz de generar una cultura de la revuelta permanente similar a la que campaba en el mundo *abertzale*. Y ello a pesar de que, como en Euzkadi, se trató de impulsar un ritual combatiente con acusado tono necrófilo. Desde el 26 de

---

<sup>104</sup> Declaración de principios de Terra Lliure, en Fernàndez i Calvet, 1986: 191 y Usall i Santa, 2000: 35-36. Los argumentos esgrimidos para justificar la violencia eran: la consideración de Cataluña como pueblo oprimido, el derecho de autodefensa frente a un Estado a quien no se le reconocía el monopolio de la violencia, la utilidad de la lucha armada reconocida en los movimientos de independencia colonial o el IRA, y la apelación a la tradición guerrera y combativa del pueblo catalán, para lo que, a la sazón, se recordaban episodios como la revuelta dels Segadors, la lucha de los Maulets, la revuelta de los Angelets de la Sal, los intentos insurreccionales del nacionalismo radical de entreguerras (Garraf, Prats de Molló y octubre de 1934) y la lucha antifranquista (Vilaregut, 2004: 256-257). Sobre el papel de la lucha armada en el proceso revolucionario de liberación nacional de Cataluña, véase también Usall i Santa, 2000: 53-56.

<sup>105</sup> Resolución de la II Asamblea Nacional del MDT, Valencia, 26-IV-1987, en *Catalunya, terra lliure*, 1988: 87.

<sup>106</sup> Vilaregut, 2004: 297-305.

enero de 1988, bajo el lema «Honorem els soldats de Catalunya. Una nació que no té exèrcit però sí que té soldats», se celebró la Diada del Soldat Català, conmemorando la victoria en la batalla de Montjuïc de 1641 y la muerte de Martí Marcó, primer militante de Terra Lliure caído el 26 de enero de 1979<sup>107</sup>. Sin embargo, con la detención de la dirección de Terra Lliure en Puigcerdà en enero de 1985 se frustró el intento más serio que había abordado el independentismo catalán para dotarse de una organización militar clandestina, si bien es cierto que este grupo practicaba fundamentalmente la propaganda armada y la agitación antes que el terrorismo al estilo de ETA o del IRA. Precisamente las muertes producidas por la manipulación de explosivos y el sangriento atentado perpetrado por ETA en el Hipercor de Barcelona el 19 de junio de 1987 dieron al traste con la reivindicación de la lucha armada como empresa patriótica prioritaria, abriendo camino a otros medios de acción reivindicativa basados en la movilización popular y el activismo político legal. La crisis sufrida por el MDT en febrero de 1987 con la separación del PSAN-Front Patriòtic (luego Catalunya Lliure), que daba apoyo teórico a la lucha armada, condujo a la división de Terra Lliure. Ante el cambio de coyuntura interna y las nuevas perspectivas que las luchas democráticas de liberación nacional abrían en Europa a partir de 1991, el militarismo antiestatal quedó cada vez más confrontado con el pacifismo que defendía la nueva dirección de ERC encabezada por Àngel Colom, empeñada en convertirse en el referente mayoritarios del independentismo catalán. El 12 de julio de 1991 se comunicó la liquidación de Terra Lliure-IV Assemblea, pero Catalunya Lliure se negó aceptar el final de la lucha, aunque la polémica «Operación Garzón» de fines de junio de 1992 aceleró la disolución de la organización armada catalana, comunicada oficialmente el 11 de septiembre de 1995 y ejecutada tres meses más tarde. Así finalizaban 16 años de historia, con un balance de 150 atentados, cinco muertos y decenas de heridos<sup>108</sup>. Ese tránsito que ha sufrido el independentismo catalán del militarismo inspirado en el modelo *etarra* a la no-violencia dominante en la actual Esquerra no sólo le ha reportado importantes beneficios políticos en Cataluña, sino que, a través de su mayor capacidad de actuación en el

---

<sup>107</sup> En el «Manifest del Dia del Soldat Català» los activistas de Terra Lliure son comparados con los *Segadors*, los *escamots* de Prats de Molló, los hombres de Jaume Compte en la resistencia del CADCI en octubre de 1934 y los combatientes de la batalla del Ebro (*Catalunya, terra lliure*, 1988: 175).

<sup>108</sup> Vilaregut, 2004: 276.

escenario político estatal, le permitiría influir previsiblemente en el proceso de pacificación puesto en marcha en el País Vasco en los últimos dos años.

Con todo, el apego sentimental a la confrontación armada sigue teniendo cancha entre la juventud nacionalista a través del deporte. No cabe duda de que el restablecimiento de la Generalitat en octubre de 1977 ha contribuido a que el sempiterno *pathos* combativo del nacionalismo catalán se canalice hacia contenidos fundamentalmente simbólicos, vinculados en buena medida con el *agon* deportivo<sup>109</sup>. El fútbol tiene en ello un papel fundamental. Una institución tan influyente como el F.C. Barcelona, que desde los años veinte mantiene una agria disputa de tonos extradeportivos con rivales como el Real Madrid o el R.C.D. Español, puede presentarse sin complejos como el nuevo instrumento de lucha en esa secular «guerra civil» metafísica que Cataluña libra contra el Estado, llevada ahora a la palestra de una gran fiesta deportiva henchida de rituales participativos. Vázquez Montalbán dijo en alguna ocasión que el *Barça* era el sucedáneo o el ejército desarmado de Cataluña, tópico que fue repetido por el futbolista Gary Lineker con añejos tonos de aliado austracista: «esto es la guerra entre Cataluña y el resto de España, y yo no soy más que uno de los soldados del bando catalán». Afortunadamente, en esta época de banalización de los imaginarios combatientes —tanto en la cancha deportiva como en la calle o el foro parlamentario—, las confrontaciones simbólicas no resultan letales ni conllevan el riesgo de una derrota irreparable. Por eso, el antiguo entrenador barcelonista Bobby Robson podía afirmar aliviado que, en este eterno retorno de los mitos combatientes catalanes, «el Ejército no puede ser derrotado»<sup>110</sup>.

#### 10. EPÍLOGO: RETORNO A LOS MITOS COMBATIENTES FUNDADORES DEL CATALANISMO

Como observamos al comienzo de este trabajo, la cultura del catalanismo ha propiciado en toda época una gran efervescencia simbólica nutrida de imaginarios combatientes, como el mito milenarista de la Edad de Oro alcanzada a través de una revolución

<sup>109</sup> Véase Ucelay, 1994: 248-253.

<sup>110</sup> Las citas, en Tom Burns Marañón, *Barça: la pasión de un pueblo*, Barcelona, Anagrama, 1999, págs. 352 y 423. Sobre el F.C. Barcelona como ejército antiespañol simbólico, véanse Ucelay, 2002: 14 y nuestra desenfadada reseña del libro de Burns en *Hispania*, vol. LX/2, núm. 205, mayo-agosto 2000, págs. 772-776.

redentora, o el escatológico del héroe salvador, representante carismático de las virtudes del pueblo al que sirve, que también puede ser exaltado como héroe colectivo en función de su disposición para realizar hazañas extraordinarias.

El mito de la Edad de Oro, situada bien al inicio, bien al final de la Historia, implica la evocación de un pasado legendario y la visión de un presente y de un futuro negados por un orden establecido considerado extranjero, sospechoso u hostil. Esta discrepancia entre lo que se ha sido o se va a ser y lo que se es o se pudo ser conduce a una desidentificación, donde las antiguas adhesiones se transforman en repulsión, y la fidelidad en desprecio. El «nosotros» se escinde y aparece el «ellos», definido como diferente e incluso hostil. Esta toma de conciencia, frecuentemente violenta, de la propia singularidad es la base moral de todos los nacionalismos.

En la construcción de la Arcadia nacional catalana, la mitología guerrera medieval, elaborada en buena parte por el tradicionalismo romántico, y las referencias a un pasado glorioso (el imperio catalano-aragonés, las libertades perdidas o la ciudad *noucentista* inspirada en los valores cívicos de armonía comunitaria de la ciudad-estado Griega o de la Roma republicana) han tenido por generaciones un fuerte poder de sugestión colectiva. Esta Edad de Oro aparece vinculada necesariamente a la evocación ahistórica de una comunidad de contornos físicos y morales bien definidos, y en ese recuerdo prevalece la nostalgia de las viejas solidaridades desaparecidas, del orden y la armonía social que caracteriza un grupo social cerrado, solidario y estrictamente jerarquizado, como se cree que fueron los *almogàvers*, los *miquelets* de 1640, los Voluntarios Catalanes de 1860 y los *escamots* de Macià, o se pretende que sean los jugadores del *Barça*.

El mito del héroe salvador, restaurador del orden o conquistador de una nueva grandeza colectiva, se ha mostrado bajo diversos arquetipos: el del hombre maduro ilustrado en los trabajos de la paz y la guerra, que como un nuevo Solón interrumpe su vejez para volver al combate y restaurar la grandeza colectiva (tal fue el caso del *Avi* Macià y, hasta cierto punto, la imagen última de Jordi Pujol); el del joven conquistador que transita con rapidez por etapas convencionales de la vida heroica (llamada, poder y gloria) hasta llegar al martirio, como Roger de Flor o el general Prim; el del legislador creador de un orden nuevo o restaurador del antiguo (Pau Claris), o el de mártir personificador de un destino colectivo (Casanova). A pesar de, o precisamente por la existencia de contrafiguras adecuadas a cada arquetipo personal (Olivares, el duque de Berwick, Espartero, Franco...), los héroes continúan, como dijo Mir-

cea Eliade, actuando tras su muerte, y su recuerdo opera sobre los vivos durante generaciones<sup>111</sup>.

El mito se organiza en una dinámica de imágenes encadenadas, que se reclaman unas de otras, se asocian, entrelazan y confunden<sup>112</sup>. Pero también se olvidan. Resulta harto elocuente que, en 1991, sólo el 14,8% de la población catalana tuviera un mínimo conocimiento del significado del *Onze de Setembre*, mientras que el 2,9% había oído hablar de la guerra *dels Segadors*. Rafael Casanova era conocido del 5,3% de la población, y Pau Claris era casi completamente ignorado<sup>113</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ABELLÓ GÜELL, Teresa (1987), «El refús al servei militar», en Enric Ucelay-Da Cal (dir.), *La Joventut a Catalunya al segle XX: materials per a una història*, Barcelona, Diputació, vol. I, págs. 340-355.
- ALARCÓN, Pedro Antonio de (1960), *Diario de un testigo de la guerra de África*, Madrid, Impta. y Lib. de Gaspar y Roig, Editores.
- ALBAREDA, Joaquim (1991), «L'onze de setembre: realitat i 'mite'», *L'Avenç*, núm. 150, julio-agosto, págs. 62-65.
- ANGUERA, Pere (2003), *El general Prim. Biografía de un conspirador*, Barcelona, Edhasa.
- ARDIT, Manuel; BALCELLS, Albert y SALES, Núria (1980), *Història dels Països Catalans, de 1714 a 1975*, Barcelona, Edhasa.
- BALCELLS, Albert (1986), «Los voluntarios catalanes en la Gran Guerra (1914-18)», *Historia 16*, núm. 121, mayo, págs. 51-62.
- (2000), «Cataluña contra la mili», *La Aventura de la Historia*, núm. 22, agosto, págs. 24-31.
- BASSA, David (1997), *L'independentisme armat a la Catalunya recent*, Sant Cugat del Vallès, Rourich.
- BAYÓN DEL PUERTO, Emili (1998), «La participació catalana en l'intent imperial al nord d'Àfrica», en *Islam i Catalunya*, Barcelona, Institut Català de la Mediterrània/Lunwerg/Museum d'Història de Catalunya, págs. 317-323.
- BERNAL, Josep M. (1998), «Els catalans a Orient: la configuració d'un mite nacional», *L'Avenç*, núm. 221, enero, págs. 6-11.
- BRAUNSTEIN FRANCO, Mercedes (1999), «Els voluntaris catalans a la guerra d'Àfrica (1859-60)», *L'Avenç*, núm. 237, junio, págs. 76-79.
- BUSTILLO, Eduardo (1867), *Historia de la gloriosa guerra de África en 1859, escrita y dividida en romances por E.B.*, Madrid, Sucesores de Hernando.

<sup>111</sup> Mircea Eliade, *Histoire des croyances et des idées religieuses*, París, Payot, 1976, vol. I, pág. 300.

<sup>112</sup> Girardet, 1986: 14

<sup>113</sup> Simón Tarrès, 1994: 194.

- CAMBÓ I BATLLE, Francesc (1981), *Memòries (1876-1936)*, Barcelona, Alpha.
- CASANOVA, Eugeni (2001), *Almogàvers, monjos i pirates: viatge a l'Orient català*, Barcelona, Proa.
- Catalunya, terra lliure. Documents del Moviment de Defensa de la Terra (1984-1988)*, Sant Boi de Llobregat, Lluïta, 1988.
- COLOMER, Jaume (1995), *La temptació separatista a Catalunya: els orígens (1895-1917)*. Prólogo de Josep M. Ainaud de Lasarte, Barcelona, Columna.
- CORTADE, Eugenio (1969), *Catalunya i la Gran Guerra*, Barcelona, Rafael Dalmau Editor.
- CREXELL I PLAYÀ, Joan (1985), *El monument a Rafael Casanova*. Prólogo de Josep Maria Ainaud de Lasarte, Barcelona, El Llamp.
- CRUELLS, Manuel (1974), *De les milícies a l'exèrcit popular a Catalunya*, Barcelona, Dopesa.
- DELGADO, Manuel (1993), «El 'seny' y la 'rauxa'. El lugar de la violencia en la construcción de la catalanidad», *Antropología*, núm. 6, diciembre, págs. 97-130.
- DÍAZ ESCULIES, Daniel (1991), *El catalanisme polític a l'exili (1939-1959)*, Barcelona, Eds. de la Magrana.
- DÍAZ PÉREZ, Nicolás (1876), *José Mazzini. Ensayo histórico sobre el movimiento político en Italia*. Prólogo de Francisco Pi y Margall, Madrid, Impta. de la Calle del Pez.
- ELLIOTT, John H. (1998), *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640)*, 4.<sup>a</sup> ed., Madrid, Siglo XXI.
- EQUIP D'ANALISI POLÍTICA DE LA UAB I UNIVERSITAT DEL PAÍS BASC (2002), *Xarxes crítiques a Catalunya i Euskadi: antimilitarisme i okupació*, Barcelona, Fundació Jaume Bofill.
- FERNÁNDEZ I CALVET, Jaume (1986), *Terra Lliure, 1979-1985*, Barcelona, El Llamp.
- FERRÉ, Josep (1987), «Objecció de consciència y antimilitarisme, 1939-1987», en Enric Ucelay-Da Cal (dir.), *La Joventut a Catalunya al segle XX: materials per a una història*, Barcelona, Diputació, vol. I, págs. 356-369.
- FRADERA, Josep Maria (1993), «Pasat i identitat. La Guerra de Successió en la política i la literatura del segle XIX català», *El País*, 16 de septiembre, págs. 2-5.
- (2000), «La política liberal y el descubrimiento de una identidad distintiva en Cataluña (1835-1865)», *Hispania*, LX/2, núm. 295, mayo-agosto, págs. 673-702
- (2003), *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña, 1838-1868*, Madrid, Marcial Pons.
- FREEMAN, Paul H. (1988), «Cowardice, Heroism and the Legend of the Origins of Catalonia», *Past & Present*, núm. 121, págs. 3-28.
- GABRIEL, Pere (1995), «Transicions i canvi de segle», en Pere Gabriel (dir.), *Història de la cultura catalana, vol. VI: El modernisme, 1890-1906*, Barcelona, Edicions 62, págs. 35-80.
- GARCÍA BALAÑA, Albert (2002), «Patria, plebe y política en la España isabelina: la guerra de África en Cataluña (1859-1860)», en Eloy Martín Corrales (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912). De la guerra de*

- África a la «penetración pacífica»*, Barcelona, Edicions Bellaterra, páginas 13-77.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo (1980), *Pau Claris, la revolta catalana*, Barcelona, Dopesa.
- (1982), «Pau Claris: un mite rentable», *L'Avenç*, núm. 50, junio, págs. 54-58.
- (1984), «Els mites i la Història de Catalunya», *L'Avenç*, núm. 72, junio, págs. 81-84.
- GARCÍA FIGUERAS, Tomás (1961), *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos (1859-60)*, Madrid, CSIC.
- GIMÉNEZ Y GUITED, Francisco (1860), *Historia militar y política del general Don Juan Prim, marqués de los Castillejos...*, Barcelona, Impta. de Luis Tasso, 2 vols.
- GIRARDET, Raoul (1986), *Mythes et mythologies politiques*, París, Éditions du Seuil.
- HERNÁNDEZ, Xavier y PINYOL, Josep (2000), *L'exèrcit contra Barcelona*, Barcelona, Llibres de l'Índex-Associació Catalana d'Estudis Republicans.
- IBARRA GÜELL, Pedro; MARTÍ, Salvador y GOMÀ, Ricard (cords.) (2002), *Creadores de democracia radical: movimientos sociales y redes de políticas públicas*, Barcelona, Icaria.
- MARFANY, Joan Lluís (1992), «Mitologia de la Renaixença i mitologia nacionalista», *L'Avenç*, núm. 164, noviembre, págs. 26-29.
- (1995), *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, Empúries.
- MARTELL, Jordi (1988), *El colpisme espanyol i Catalunya*, Barcelona, El Llamp.
- MARTÍ, Ramón (1991), «Els almogàvers no van caure d'una figuera», *L'Avenç*, núm. 150, julio-agosto, págs. 22-25.
- MARTÍNEZ FIOU, David (ed.) (1988), *El catalanisme i la gran guerra (1914-1918). Antologia*, Barcelona, Eds. de la Magrana/Diputació de Barcelona.
- (1991), *Els «voluntaris catalans» a la gran guerra: 1914-1918*. Prólogo de Enric Ucelay Da Cal, Barcelona, Publicacions de la Abadia de Montserrat.
- (1995), «Soldats de Catalunya: una via militar d'alliberament nacional (1939-1945)», *L'Avenç*, núm. 196, octubre, págs. 18-23.
- (2004), «Els intel·lectuals poilus i el mite dels 'voluntaris catalans'», *L'Avenç*, núm. 294, septiembre, págs. 29-33.
- MASSOT I MUNTANER, Josep; PUEYO, Salvador y MARTORELL, Oriol (1983), «Els Segadors», *himne nacional de Catalunya*, Barcelona, Departament de Cultura de la Generalitat.
- MICHONNEAU, Stéphane (1998), *Les politiques de mémoire à Barcelone, 1860-1930*, Tesis Doctoral, EHESS, diciembre, 3 vols.
- MONEDERO ORDÓÑEZ, Dionisio (1907), *La fiesta de los voluntarios catalanes celebrada en Madrid el día 6 de noviembre de 1905*. Apéndice al libro titulado *Conferencias patrióticas*, Burgos, Imp. y Librería del Centro Católico.
- MORENO ECHEVARRÍA, José María (1972), *Los almogávares*, Esplugas de Llobregat, Plaza & Janés.

- PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, Jesús (1952-1969), *Cambó*, Barcelona, Ed. Alpha, 3 vols.
- PASCOT, Jep (1971), *Aventuriers de l'histoire. Les almogavares, mercenaires catalans du Moyen Âge (1302-1388)*, Bruselas, Sequoia-Elsevier.
- PRATS I CAROS, Joan (1987), «Mites i estereotips de la identitat», en Maria Àngels Roque (coord.), *Encontre d'Antropologia i diversitat hispànica, Barcelona, 26, 27 i 28 de març de 1987*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, págs. 169-178.
- RESZLER, André, *Mythes politiques modernes*, París, PUF.
- SALES DE BOHIGAS, Núria (1970), «Servei militar i societat a l'Espanya del segle XIX», *Recerques*, núm. 1, págs. 145-181 (ed. castellana en *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintas*, Barcelona, Ariel, 1974, págs. 207-246).
- SERRANO, Carlos (1999), *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus.
- SIMON TARRÈS, Antoni (1993), «Patriotisme i nacionalisme a la Catalunya moderna. Mites, tradicions i consciències col·lectives», *L'Avenç*, núm. 167, febrero, págs. 8-15.
- (1994), «Els mites històrics i el nacionalisme català. La història moderna de Catalunya en el pensament històric i polític català contemporani (1840-1939)», *Manuscrits*, núm. 12, enero, págs. 193-212.
- (1999), *Els orígens ideològics de la revolució catalana de 1640*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- SOLDEVILA, Ferran (1962), *Historia de Catalunya*, 2.<sup>a</sup> ed., Barcelona, Ed. Alpha, 3 vols.
- (1966), *Els catalans y l'esperit bel·licós*, Barcelona, Eds. 62.
- (1994), *Els almogàvers*, Barcelona, Rafael Dalmau.
- SOLÉ I SABATÉ, Josep Maria (1990), «Els voluntaris catalans en la Guerra Franco-Prussiana y la Comuna de París», *Revista de Catalunya*, núm. 40, abril, págs. 41-46.
- SOLÉ I SABATÉ, Josep Maria y VILLARROYA, Joan (1990), *L'exèrcit i Catalunya (1898-1936). La premsa militar espanyola i el fet català*, Barcelona, Llibres de l'Índex.
- TORRES SANS, Xavier (1991), «Segadors i miquelets a la revolució catalana (1640-1659)», en Eva Serra et alii, *La revolució catalana de 1640*, Barcelona, Crítica, págs. 66-96.
- UCELAY DA CAL, Enric (1994), «Violència simbòlica y temàtica militarista en el nacionalisme radical catalán», *Ayer*, núm. 13, págs. 237-264.
- (1997), «La crisi de la postguerra», en Pere Gabriel (dir.), *Història de la cultura catalana, vol. VIII: Primeres avantguardes, 1918-1930*, Barcelona, Edicions 62, págs. 31-80.
- (2002), *The shadow of a doubt: fascist and communist alternatives in catalan separatism, 1919-1939*, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials.
- (2003), *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquistista moral de España*, Barcelona, Edhasa.
- USALL I SANTA, Ramón (2000), *Parla Terra Lliure: els documents de l'organit-*

- zació armada catalana*, Prólogo de Carles Sastre y Benlliure, 2.<sup>a</sup> ed., Llérida, El Jonc.
- VENTOSA, Evaristo (1859), *Espanoles y marroquíes. Historia de la Guerra de África*, Barcelona, Lib. de Salvador Manero, 2 vols.
- VERA, Jordi (1985), *La lluita armada als Països Catalans (Història del FAC)*, Sant Boi de Llobregat, Eds. Lluita.
- VICENS VIVES, Jaume (1971), *Noticia de Cataluña*, 2.<sup>a</sup> ed., Barcelona, Eds. Destino.
- VIDAL PLA, Jordi (1991), «La Guerra dels Segadors: mite i història», *L'Avenç*, núm. 150, julio-agosto, págs. 40-61.
- VILAREGUT, Ricard (2004), *Terra Lliure: la temptació armada a Catalunya*, Barcelona, Columna.